

H.P. BLAVATSKY



OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO TEOSOFICO

- I. La formación de un núcleo de Fraternidad Universal humana, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.

- II. El estudio comparativo de religiones, filosofías y ciencias, antiguas y modernas; y la demostración en la práctica de la importancia de ese estudio.

- III. La investigación de las leyes inexplicadas de la Naturaleza, y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.

Prefacio

Madame Blavatsky llegó a la India en Enero de 1879. En menos de un año fundó la primera revista Teosófica: el “Theosophist”, cuyo estreno aconteció en Octubre. Muy pronto resultó claro que este periódico debía ser un vehículo explicativo acerca del significado y del propósito del Movimiento Teosófico y además, registrar los ejemplos básicos de la investigación religio-filosófica que ha ocupado a los buscadores de la verdad a través de la historia.

El obvio trabajo de tal órgano vendría siendo la presentación de las definiciones. Por consiguiente, el primer número, en Octubre de 1879, contenía artículos que consideraban las siguientes preguntas: “¿Qué es la Teosofía?” y “¿Qué son los Teósofos?”. La importancia de tales discusiones dilucidadoras llega a ser evidente cuando nos percatamos de que el Coronel Olcott, quien, en concomitancia con William Q. Judge, fue asociado con H.P.B. desde el principio, no estaba absolutamente consciente del propósito del proyecto que ella imaginó, ni de todas sus implicaciones. Según Olcott la Sociedad era, en primer lugar, un conjunto de miembros dedicado a la “búsqueda oculta”, mientras H.P.B. planeaba un gran movimiento de reforma moral que obrara incesantemente en favor de la hermandad humana. H.P.B., en una carta fechada 6 de Diciembre de 1887 dirigida a Olcott, recapituló para él el elevado intento del Movimiento:

La Sociedad fue formada, luego, paulatinamente, se fusionó en las enseñanzas de la Doctrina Secreta de *la escuela más antigua de Filosofía Oculta en el mundo*, una escuela para cuya reforma, al final, apareció el Señor Gautama. Estas enseñanzas no podían divulgarse abruptamente. *Debían* instilarse gradualmente.

“Isis Sin Velo,” la obra de dos volúmenes, publicada en 1877, fue la expresión inicial de las ideas teosóficas por H.P.B., si exceptuamos algunos artículos desperdigados que aparecieron antes en revistas espiritistas en los Estados Unidos. El propósito de H.P.B. era que “Isis sin Velo” fuese una introducción a las consideraciones más completas de los procesos de regeneración individual y social que planeó para una publicación posterior, por consiguiente, se valió de los recursos, tanto científicos como religiosos, a fin de mostrar la realidad de las leyes intelectuales y la evolución espiritual y lo que la ciencia estaba revelando acerca de la evolución física y orgánica. El lector se dará cuenta de que los artículos que aparecieron en sus revistas: primero el “Theosophist” y después “Lucifer”, eran elementos esenciales en este programa, cuya culminación fue la publicación de “La Doctrina Secreta” (1888), “La Clave de la Teosofía” (1889) y la “La Voz del Silencio” (1889).

El artículo “¿Qué es la Teosofía?” declara, inmediatamente, el significado omnímodo de la “Teosofía” como un término idóneo para caracterizar el anhelo eterno de los seres humanos hacia el hallazgo y el conocimiento de la Verdad. Desde luego, el propósito de la Teosofía así ideado, elimina toda posibilidad de sectarismo en las expresiones auténticas del Movimiento Teosófico, estableciendo un ideal de difícil cumplimiento para los seres humanos falibles. Sin embargo, H.P.B. fue siempre intransigente sobre este objetivo, esclareciendo que el ideal de perfectibilidad humana jamás podría alcanzarse mientras que la humanidad se quedara satisfecha con menos que la verdad *universal*. Existe un sentido en el cual el estudio teosófico se convierte en un medio para aprender cómo el individuo, aún imperfecto y sujeto al error, puede, sin embargo, preservar una idea verdadera de esta meta contentándose con nada menos que esto.

El artículo “¿Qué son los Teósofos?” es intrínsecamente instructivo en lo que concierne a este tema, mostrando la insensatez al suponer que cualquier asociación humana pueda ser más que un conjunto de *buscadores*. A la Teosofía se le define, en su significado más elevado, en su realización, como “el conocimiento espiritual mismo, la verdadera esencia de la investigación filosófica y teísta.” Una organización de personas que se llaman Teósofos, no puede tener ningún dogma ni credo y, desde un punto de vista ideal, es una asociación de “exploradores” mas bien que “creyentes.” En esta búsqueda, las guías son todos los Grandes Maestros de la historia y H.P.B. desempeñó con alacridad el papel de presentar una introducción, extraordinariamente extensa, acerca de los vastos recursos literarios y tradicionales, los cuales incorporan las pesquisas espirituales de la humanidad.

En Mayo de 1887, H.P.B. llegó a Inglaterra, afincándose ahí. Nuevamente, dio origen a una revista teosófica: “Lucifer”, que muy pronto se convirtió en su órgano de expresión militante. Amparada por 12 años de experiencia en el trabajo para la Teosofía, tocó temas de prejuicio y conceptos erróneos acerca de esta última, aleccionando a sus lectores sobre el reto de amplio alcance que la Teosofía dirigía a la ortodoxia religiosa y a la opinión científica convencional.

Además: no era suficiente introducir en términos modernos el contenido de la antigua religión filosófica. Las mistificaciones y distorsiones de las enseñanzas religiosas debían explicarse. En el artículo “¿Es la Teosofía una Religión?”, publicado en el “Lucifer” en Noviembre de 1888, H.P.B. expresó una afirmación muy reiterada: “La Teosofía, según decimos, no es *una* Religión [...] sino la Religión misma.” Madame Blavatsky explica la declinación de los grandes movimientos religiosos y la transformación de su inspiración original en epifonemas estrechas de “revelación exclusiva”, desembocando, al final, en la superstición, no por condenar a los seres malvados; sino relatando las leyes de comunicación espiritual y las dificultades, casi insuperables, impuestas por la condición humana común sobre la fiel transmisión de la verdad espiritual. El artículo indica el deber de los teósofos a fin de trabajar hacia una comprensión general de estos problemas.

El artículo “Que cada Hombre pruebe su Trabajo”, esclarece la relación entre el Movimiento Teosófico, las obras caritativas y la reforma social. Estos esfuerzos no son rehusados, al contrario, los conatos para disminuir la carga onerosa de la pobreza y de la escasez de recursos, deberían ser el fruto natural de la comprensión teosófica; sin embargo, la realización del “bien” material conlleva misterios psicológicos y sociales cuya comprensión es menester, si es que las obras de los filántropos y de los reformadores traigan frutos duraderos. En este artículo, que se publicó en “Lucifer” en Noviembre de 1887, H.P.B. acepta el juicio de críticos honestos y al mismo tiempo polariza la atención hacia el malogramiento de las ricas y poderosas ortodoxias en practicar sus profesadas éticas. El meollo de este artículo es que el *conocimiento* es un componente esencial de la filantropía verdaderamente práctica.

¿Qué Es La Teosofía?

Esta pregunta es tan consuetudinaria y las ideas erróneas al respecto son tan prevalecientes, que los editores de una revista dedicada a la divulgación de la Teosofía en el mundo serían negligentes, si en el primer número publicado, no consideraran estas cuestiones. Sin embargo, el título implica dos interrogantes más, a las cuales contestaremos debidamente, éstas son: ¿Qué es la Sociedad Teosófica? y ¿Qué son los Teósofos?

Según los lexicógrafos: al término *theosophia* lo componen dos palabras griegas: *theos*, “dios” y *sophos*, “sabio”. Hasta aquí está correcto. Sin embargo, las siguientes explicaciones distan mucho de impartir una idea clara de la Teosofía. Webster la define de manera muy original como: “una presunta relación con Dios y los espíritus superiores, permitiendo, entonces, el alcance del conocimiento superhumano mediante *procesos físicos*, véase las operaciones teúrgicas de algunos antiguos platónicos o los *procesos químicos* de los filósofos del fuego alemanes.”

Esta es, en pocas palabras, una explicación insuficiente e impertinente. Atribuir tales ideas a seres como Ammonius Saccas, Plotino, Jamblico, Porfirio y Proclo, implica una interpretación errónea intencional o la ignorancia de Webster en lo que concierne a la filosofía y a los motivos de los genios más grandes de la Escuela alejandrina más reciente. Al achacar un propósito de desarrollar sus percepciones psicológicas y espirituales mediante “procesos físicos”, a aquellos que, tanto sus contemporáneos como la posteridad, definieron “*theodidaktoi*”, instruidos por dios, implica considerarlos unos materialistas. En lo que concierne al golpe final asestado a los filósofos del fuego, ésto rebota de ellos para repercutir entre nuestros científicos más eminentes, aquellos en cuyas bocas el Reverendo James Martineau coloca la siguiente frase jactanciosa: “todo lo que queremos es la materia, danos exclusivamente átomos y explicaremos el universo.”

La siguiente definición de Vaughan es mejor y más filosófica: “Un Teósofo es aquel que presenta una teoría de Dios o de las obras de Dios, destituida de revelación, en cuanto estriba en una inspiración propia.” Según este punto de vista, cada gran pensador y filósofo, especialmente todo fundador de una nueva religión, escuela de filosofía o secta es, necesariamente, un Teósofo. Por lo tanto, el binomio Teosofía y Teósofos existió desde que la primera vislumbre de pensamiento incipiente indujo al ser humano a buscar, instintivamente, los medios para expresar sus opiniones independientes.

Los Teósofos anteceden a la era cristiana, a pesar de que los escritores cristianos atribuyen el desarrollo del sistema teosófico Ecléctico al primer período del tercer siglo de su Era. Diógenes Laetius hace remontar la Teosofía a una época anterior a la dinastía de los Ptolomeos y menciona como su fundador a un Hierofante egipcio llamado Pot-Amun, patronímico copto que significa un sacerdote consagrado a Amun, el dios de la Sabiduría. Sin embargo, la historia muestra que, Ammonius Saccas, el fundador de la escuela neoplatónica, fue el revividor de la Teosofía. El y sus discípulos se denominaron “*Philalethian*”, amantes de la verdad, mientras otros los llamaban “*Analogistas*”, debido a su método interpretativo empleado en todas las leyendas sagradas, los mitos y los misterios simbólicos, el cual se basaba en la analogía y la correspondencia. Por lo tanto, los eventos ocurridos en el mundo externo los consideraban como la expresión de las operaciones y de las experiencias del alma humana. Ammonius se proponía reconciliar todas las sectas, la gente y las naciones bajo una fe común: una creencia en un Poder Supremo, Eterno, Incognoscible e Innominado, que gobernaba el Universo por medio de leyes inmutables y eternas. Su objetivo consistía en probar un sistema teosófico primitivo que, en sus albores, era esencialmente similar en todos los países, inducir a cada ser a abandonar sus altercados y disputas, uniéndose en propósito y pensamiento como los niños de una misma madre y purificar las antiguas religiones, paulatinamente corrompidas y opacadas por la escoria del elemento humano, ensamblándolas y explicándolas recurriendo a principios puramente filosóficos. Por lo tanto, en la Escuela Teosófica Ecléctica, se enseñaban los sistemas budistas, vedánticos, de los magos o zoroastrianos, en concomitancia con todas las filosofías griegas, razón por la cual entre los antiguos teósofos alejandrinos se denotan las características, pre eminentemente budistas e hindúes, del respeto hacia los padres y los ancianos, un cariño fraterno para toda la raza humana y aún un sentimiento compasivo en favor de todos los animales. Ammonius, mientras trataba de establecer un sistema de disciplina moral que infundiera en la gente el

deber de vivir conforme a las leyes de sus respectivos países, fomentando sus mentes mediante la búsqueda y la contemplación de la Verdad Absoluta única, su objetivo principal, que según creía, hubiera facilitado el alcance de los demás, consistía en educir, de las varias enseñanzas religiosas, como de un instrumento multicuerda, una completa armonía melodiosa que resonara en cada corazón amante de la verdad.

Por lo tanto, la Teosofía es la arcaica *Religión-Sabiduría*, la doctrina esotérica un tiempo familiar en todo país antiguo considerado civil. Según nos muestran todas las escrituras antiguas, esta “Sabiduría” era una emanación del Principio divino cuya clara comprensión está representada en nombres como el hindú Buddh, el babilonio Nebo, el egipcio Thoth, el griego Hermes y también en los patronímicos de algunas diosas: Metis, Neitha, Atena, la *Sophia* gnóstica y finalmente los Vedas, cuyo nombre deriva del verbo “conocer.” Todos los antiguos filósofos orientales y occidentales, los hierofantes egipcios, los rishis de Aryavarta y los theodidaktói griegos incluían, bajo esta designación, el conocimiento completo de las cosas ocultas y esencialmente divinas. Al *Mercavah* de los Rabinos judíos, las series seculares y populares, se le designaba simplemente como el vehículo, el recipiente externo que contenía el conocimiento esotérico. Los Magos de Zoroastro recibían su instrucción e iniciación en las cuevas y en las logias secretas de Bactria, los hierofantes egipcios y griegos tenían sus *aporrheta* o discursos secretos durante los cuales el *Mysta* llegaba a ser un *Epopta*: un Vidente.

Según la idea central de la Teosofía Ecléctica: existe una única Esencia Suprema, Desconocida e *Incognoscible*. Desde luego: “cómo puede uno conocer al conocedor?” pregunta el “Brihadaranyaka Upanishad.” Tres aspectos distintos caracterizaban el sistema de la Teosofía Ecléctica: la teoría de la Esencia susodicha, la doctrina del alma humana, una emanación de la primera, compartiendo con ella la misma naturaleza y su teurgía, ciencia que ha contribuido, en nuestra era de ciencia materialista, a la interpretación tan errónea de los neoplatónicos. La teurgía es, esencialmente, el arte de aplicar los poderes divinos humanos a fin de subordinar las fuerzas ciegas de la naturaleza; por lo tanto, sus devotos fueron objeto de burla, tildándolos, en primer lugar, de magos, una distorsión del término “Magh” que significa sabio o erudito. Los escépticos del siglo pasado se hubieran equivocado de manera análoga si hubiesen escarnecido la idea de un fonógrafo o de un telégrafo. Por lo general, los seres ridiculizados y motejados como “infieles” de una generación, se convierten en los sabios y los santos de la siguiente.

En lo que concierne a la esencia Divina y a la naturaleza del alma y del espíritu, la creencia de la Teosofía moderna corresponde a la creencia de la Teosofía de antaño. El *Diu* popular de las naciones arianas era idéntico al *Iao* caldeo, hasta al Júpiter del romano menos erudito y filosófico, al *Jahve* de los samaritanos, al *Tiu* o “Tiusco” de los nórdicos, al Duw de los brétones y a Zeus de los tracios. En lo que atañe a la Esencia Absoluta, el Uno y el todo, ésta nos conducirá al mismo resultado ya que se acepte, al respecto, la filosofía pitagórica griega, caldea cabalística o la ariana. La Mónada Primordial del sistema pitagórico, la cual se retira a la oscuridad y es Oscuridad (para el intelecto humano), constituye el cimiento de todas las cosas; idea ésta que es posible encontrar en los sistemas filosóficos de Leibnitz y Spinoza en su integridad. Por lo tanto, si un teósofo concuerda con cualquiera de los siguientes conceptos, éstos nos pueden conducir a la Teosofía pura y absoluta. Nombraremos la Cábala que, hablando de En-Soph, somete la interrogante: ¿quién puede comprenderlo dado que es informe e Inexistente?” Incluiremos el magnífico himno del “Rig Veda” (número 129, Libro 10):

“¿Quién sabe de donde emergió esta gran creación?

Si su voluntad la creó o se quedó silenciosa.

El lo sabe o tal vez, *tampoco El lo sepa*”.

Mencionaremos la concepción vedántica de Brahma, cuya representación en los “Upanishads” es “sin vida, sin mente, puro” e *inconsciente*, ya que Brahma es “Conciencia Absoluta” y, al final, citaremos los Svabhâvikas de Nepal según los cuales hay únicamente “Svabhâvâta” (substancia o naturaleza) que existe por *sí sola* sin ningún creador. Esta es la Teosofía que instó a hombres como Hegel, Fichte y Spinoza a estudiar las obras de los antiguos filósofos griegos y a especular sobre la Substancia Unica, la *Deidad*, el *Todo Divino* procedente de la Sabiduría Divina que toda filosofía moderna o religiosa consideró incomprensible, desconocido e *innominado*, excepción hecha por el cristianismo y el mahometismo. Entonces, cada teósofo, ateniéndose a una teoría de la Deidad “desprovista de revelación y cuya base es una inspiración propia”, puede aceptar cualquiera de las definiciones anteriores o pertenecer a cualquiera de estas religiones, permaneciendo en las lindes de la Teosofía, ya que ésta es la creencia en la Deidad como Todo, la fuente de toda existencia, el infinito que no puede comprenderse ni conocerse, únicamente

el universo *Lo* revela, mientras algunos prefieren decir “revela a El”, atribuyéndole entonces un pronombre masculino personal, antropomorfizándolo, lo cual es una blasfemia. Es verdad, la teosofía rehuye la materialización brutal prefiriendo creer que el Espíritu de la Deidad, recogido en sí desde la eternidad, no desea ni crea. Sin embargo, lo que produce todas las cosas visibles e invisibles irradiando de la efulgencia infinita del Gran Centro, es simplemente un Rayo que contiene en sí el poder generador y conceptivo que, a su vez, produce lo que los griegos llamaban *Macrocosmos*, los cabalistas *Tikkun* o Adam Kadmon, el hombre arquetipo y los arianos *Purusha*, el Brahm manifestado o el Macho Divino. La teosofía cree también en la *Anastasis* o existencia permanente y en la transmigración (evolución) o una serie de cambios en el alma,¹ abogables y explicables valiéndose de principios filosóficos rigurosos; y sólo distinguiendo entre *Paramâtma* (alma transcendental suprema) y *Jivâtâmâ* (alma animal o consciente) de los vedantinos.

A fin de dar una definición exhaustiva de la Teosofía, debemos considerarla bajo cada uno de sus aspectos. El mundo interior no ha sido ocultado a todos por una obscuridad impenetrable. Algunas veces, en cada era y en cada país, el ser humano ha podido percibir las cosas en el mundo interior o invisible mediante esa intuición superior adquirida por la *Teosofía* o la sapiencia de Dios, la cual trasladaba la mente del mundo de la forma a aquel del espíritu informe. Por lo tanto, aunque el “Samadhi” o *Dyan Yog Samadhi* de los ascéticos hindúes, el “Daimonion-photi” o iluminación espiritual de los neo-platónicos, la “confabulación sideral del alma” de los rosacruces o filósofos del fuego y los trances extáticos de los místicos y de los mesmeristas y espiritistas modernos, varien en su manifestación, son idénticos en naturaleza. La búsqueda del “ser” más divino en el hombre, que a menudo se ha interpretado tan erróneamente como una comunión individual con un Dios personal, era el objetivo de todo místico. Además, creer en su posibilidad parece remontarse al génesis de la humanidad, aunque cada pueblo le ha dado un nombre diferente. Así, Platón y Plotino llaman “trabajo Noético” lo que el Yogui y el Shrotriya definen *Vidya*. Según los griegos: “Mediante la reflexión, el autoconocimiento y la disciplina intelectual, el alma puede elevarse a la visión de la verdad, la bondad y la belleza eternas, o sea la *Visión de Dios*, ésta es *epopteia*.” Porfirio dice: “A fin de unir el alma con el Alma Universal, es menester sólo una mente perfectamente pura. A través de la autocontemplación, la castidad perfecta y la pureza del cuerpo, podemos acercarnos más a Ella, recibiendo, en ese estado, el verdadero conocimiento y una iluminación maravillosa. Swami Dayanand Saraswati, un profundo erudito védico que no ha leído a Porfirio ni a otros autores griegos, en su “Veda Bháshya” (opasna prakaru ank. 9), dice: “Para obtener Diksh (la iniciación más elevada) y *Yog*, se debe practicar en conformidad con las reglas [...] El alma en el cuerpo humano puede ejecutar los milagros más grandes conociendo al Espíritu Universal (o Dios) y familiarizándose con todas las propiedades y las calidades (ocultas) de cada cosa en el universo. Así, un ser humano (un *Dikshit* o un iniciado), puede *adquirir un poder de ver y oír a larga distancia*.” Finalmente, Alfred R Wallace, F.R.S., (Miembro de la Sociedad Regia), un espiritista y también un gran naturalista declarado, con impávido candor dice: “Es únicamente el ‘espíritu’ que siente, percibe, piensa, adquiere conocimiento, razona y aspira [...] no es atípico que en individuos dotados de cierta constitución, el espíritu pueda percibir independientemente de los órganos de los sentidos corporales o sea capaz, completa o parcialmente, de abandonar su cuerpo por un momento, volviendo a éste después [...]; el espíritu [...] se comunica más fácilmente con el espíritu que con la materia.” Actualmente, podemos ver como, después de un lapso de millares de años entre la edad de los gimnosofistas² y nuestra era, altamente civilizada, más de veinte millones de personas creen en esos mismos poderes espirituales, si bien bajo una forma distinta de la que creían los Yoguis y los pitagóricos hace casi tres mil años. Quizá ésto dependa de tal iluminación que infunde su luz radiante en los reinos tanto psicológicos como físicos de la naturaleza. Por ende, al igual que el místico ariano alegaba poseer el poder de solucionar todos los problemas de la vida y de la muerte, una vez obtenida la habilidad de actuar independientemente de su cuerpo a través de *Atmân* “ser” o “alma” y los antiguos griegos buscaban a *Atmu*, el Escondido o el Alma-Dios del ser humano con

¹ En una serie de artículos titulados “Los Grandes Teósofos del Mundo”, nos proponemos mostrar que desde Pitágoras, el cual obtuvo su sabiduría de la India, hasta nuestros filósofos y teósofos modernos más conocidos: David Hume y el poeta inglés Shilley, incluyendo los espiritistas franceses, muchos creían y aún creen, en la metempsicosis o reencarnación del alma, a pesar de lo rudimental que se considere el sistema de los espiritistas.

² Muchos escritores griegos y romanos, entre los cuales Strabo, Lucano, Plutarco, Cícero (Tusculano), Plinio, etc, afirmaron la realidad del poder Yoga llamando Gimnosofistas a los Yoguis hindúes.

el espejo simbólico de los misterios Themosforianos, los espiritistas actuales creen en la facultad de los espíritus o de las almas de las personas desencarnadas de comunicarse, visible y tangiblemente, con sus seres queridos en la tierra. Todos éstos: los yoguis arianos, los filósofos griegos y los espiritistas modernos, afirman esa posibilidad apoyándose en el hecho de que el alma encarnada y su espíritu que nunca se encarna, el *ser* real, jamás están separados del Alma Universal o de otros espíritus por el espacio; sino simplemente por la diferenciación de sus cualidades; ya que en la interminable expansión del universo no puede haber ninguna limitación. Tal unión entre espíritus encarnados y desencarnados llega a ser posible sólo cuando se elimina esta diferencia que, según los griegos y los arianos, es viable mediante la contemplación abstracta, produciendo la liberación temporal del Alma encarcelada; mientras, según los espiritistas, es mediante la mediumnidad. Razón por la cual los yoguis de Patanjali seguidos por Plotino, Porfirio y otros neo-platónicos, sostenían que varias veces en su vida, durante la hora de extasis, se habían unido con Dios o más bien, se convirtieron uno con El. Como una profusión de grandes filósofos afirmó y afirma esta idea, no se puede arrinconar considerándola totalmente quimérica, no obstante su aparente aspecto erróneo al aplicarla al Espíritu Universal. En el caso de los Theodidaktói, el único punto controvertible, la mancha lóbrega en esta filosofía extremadamente mística, consistía en su pretensión de incluir lo que es simplemente iluminación extática en la percepción sensoria. Mientras en el caso de los yoguis, la lógica cabal de Kapila refutó sus afirmaciones según las cuales tenían la habilidad de ver Iswara “cara a cara.” En lo que concierne a la declaración similar expresada por sus seguidores griegos, por una larga serie de extáticos cristianos y finalmente, en los últimos cien años, por Jacob Böhme y Swedenborg que afirmaban “ver a Dios”, tal pretensión se hubiera podido y se hubiera *debido* cuestionar filosófica y lógicamente, si algunos de nuestros grandes científicos, que son espiritistas, se hubiesen interesado más en la filosofía que en los meros fenómenos del espiritismo.

Los teósofos alejandrinos se dividían en neófitos, iniciados y maestros o hierofantes. Sus reglas se habían copiado de los antiguos Misterios de Orfeo; el cual, según Heródoto, las había traído de la India. Ammonio obligaba a sus discípulos, bajo juramento, a no divulgar sus doctrinas *superiores*, exceptuando a aquellos que habían demostrado ser muy dignos e iniciados y que habían aprendido a considerar a los dioses, los ángeles y los demonios de los otros pueblos, según la *hyponia* esotérica o el significado oculto. Epicuro dice: “Los dioses existen, sin embargo, no son lo que la multitud ignorante supone que sean. Un ateo no es aquel que niega la existencia de los dioses que las masas adoran; sino es aquel que atribuye a estos dioses las opiniones de la multitud.” En su momento Aristóteles declara: “Como la Esencia Divina permea todo el mundo de la naturaleza, a lo que se le define como *dioses* son simplemente los primeros principios.”

Plotino, el discípulo de Ammonio: “aquel que Dios instruyó”, nos dice que la *gnosis* secreta o el conocimiento de la Teosofía, tiene tres grados: opinión, ciencia e *iluminación*. “Los medios o el instrumento del primero son el sentido o la percepción, del segundo la dialéctica y del tercero la intuición, a la cual está subordinada la razón. La intuición es el *conocimiento absoluto* que se cimienta en la identificación de la mente con el objeto conocido.” Podríamos decir que la teosofía es la ciencia exacta de la psicología. Su relación con la mediumnidad natural, no cultivada, es análoga a la relación que subsiste entre el conocimiento de Tyndall y aquel de un simple estudiante de física. Esta desarrolla en el ser humano una visión directa que Schelling denomina: “una realización de la identidad entre el sujeto y el objeto en el individuo”. Por lo tanto, bajo la influencia y el conocimiento de *hyponia*, el ser contempla pensamientos divinos, ve todas las cosas en su aspecto real y termina “convirtiéndose en el depositario del Alma del Mundo”, usando una de las expresiones más hermosas de Emerson, el cual, en su espléndido ensayo sobre El *Alma Universal*, afirma: “Yo, el imperfecto, adoro lo perfecto que yo soy.” Además de este estado psicológico o anímico, la teosofía cultivaba cada rama de las ciencias y de las artes. Estaba profundamente familiarizada con lo que hoy se conoce comúnmente con el término mesmerismo. Los teósofos descartaron la teurgía práctica o la “magia ceremonial” que a menudo el clero católico romano emplea en sus exorcismos. Unicamente Jamblicus agregó a la Teosofía la doctrina de la Teurgía, trascendiendo, entonces, a los demás Eclécticos. Cuando el ser humano, ignorando el verdadero significado de los símbolos esotéricos de la naturaleza, propende a calcular erróneamente los poderes de su alma y en lugar de comulgar espiritual y mentalmente con los seres celestiales superiores, los espíritus buenos, (los dioses de los teúrgos de la escuela platónica), evoca los poderes malvados y tenebrosos que están latentes en la humanidad, las creaciones macabras de crímenes y de vicios humanos, puede caer de la *teurgía* (magia blanca) en la *goetia* (magia negra, hechicería). Sin embargo, el binomio magia blanca y

negra no es lo que la superstición popular entiende con estos términos. La posibilidad de “evocar los espíritus” según la clave de Salomón, es el ápice de la superstición y de la ignorancia. Sólo la pureza en la acción y en el pensamiento puede elevarnos a interactuar “con los dioses” y permitirnos el alcance de la meta deseada. La Alquimia, que según muchos había sido una filosofía tanto espiritual como física, perteneció a las enseñanzas de la escuela teosófica.

Es notorio que Zoroastro, Buda, Orfeo, Pitágoras, Confucio, Sócrates y Ammonio Sacas no escribieron nada. La razón de esto es obvia. La Teosofía es un arma de doble filo e inadecuada para el ignorante o el egoísta. Análogamente a cada filosofía antigua, tiene sus defensores entre los modernos; sin embargo, hasta recientemente, sus discípulos eran un grupo muy exiguo y procedían de las sectas y opiniones más variadas. “Eran completamente especulativos y aunque no fundaron ninguna escuela, lograron ejercer una influencia silenciosa en la filosofía. Indudablemente, en el momento propicio, muchas ideas así tácitamente propagadas, podrán impartir nuevas direcciones al pensamiento humano.” Esta observación es de Kenneth R. H. Mackenzie IX, un teósofo y místico, el cual la inserta en su extensa y valiosa obra: “La Enciclopedia Masónica Real” (artículos: “La Sociedad Teosófica de Nueva York” y “La Teosofía”, pag. 731).³ Desde los períodos de los filósofos del fuego, jamás se ensamblaron en sociedades; ya que hasta el siglo pasado el clero cristiano los perseguía como fieras salvajes y, a menudo, ser teósofo equivalía a una sentencia de muerte. Según las estadísticas: en un lapso de 150 años, en Europa se condenaron a las piras a no menos de 90 mil hombres y mujeres por presunta hechicería. En la Gran Bretaña solamente, desde 1640 hasta 1660, 20 años, se aniquilaron tres mil personas por haber sellado un pacto con el “Diablo.” Sólo recientemente, en la última parte de este siglo: en 1875, algunos místicos y espiritistas adelantados, insatisfechos por las teorías y explicaciones que los feligreses del espiritismo originaron y discerniendo su gran deficiencia en cubrir el campo completo de la amplia gama de fenómenos, formaron, en Nueva York, América, una asociación que ahora se le conoce mundialmente como la Sociedad Teosófica. Ahora bien, después de haber explicado lo que es la Teosofía, en otro artículo dilucidaremos cuál es la naturaleza de nuestra Sociedad, llamada también la “Hermandad Universal de la Humanidad.”

³ “La Enciclopedia Masónica Real, Ritos, Simbolismo y Biografía”, cuyo editor es Kenneth R. H. Mackenzie IX (Cryptonymous), Miembro Honrado de la Logia de Canongate Kilwinning, Número 2, Escocia. Nueva York, J. W. Bouton, 706 Broadway, 1877.

¿Qué Son Los Teósofos?

¿Son lo que afirman ser: estudiantes de la ley natural, de la filosofía antigua y moderna y aún de la ciencia exacta? ¿Son deístas, ateos, socialistas, materialistas, idealistas o son simplemente un cisma del espiritismo moderno, meros visionarios? ¿Se les puede otorgar alguna consideración en cuanto a capacidad de discusión sobre la filosofía y promoción de la ciencia auténtica o se les debería tratar con la tolerancia compasiva que se proporciona a los “entusiastas inofensivos?” A menudo, a la Sociedad Teosófica se le ha imputado el profesar una creencia en los “milagros, su producción” y tener un objetivo político secreto, como los Carbonarios. Se le ha acusado de ser espía de un Zar autocrático, de predicar doctrinas socialistas y nihilistas y, sorprendentemente, de tener un tácito acuerdo con los jesuitas franceses a fin de debelar el espiritismo moderno para recabar pingües ganancias! Los positivistas americanos, embuídos por el mismo paroxismo, los han motejado de soñadores; mientras la prensa neoyorquina los ha definido como adoradores de fetiches. Los espiritistas los han acusado de querer resucitar “supersticiones anticuadas”, la iglesia cristiana los considera infieles emisarios de Satán, el profesor W.B.Carpenter, miembro de la Real Academia, los califica como los auténticos cazamoscas. En fin, la imputación más absurda procede de los oponentes hindúes los cuales, queriendo depauperar su influencia, los acusan, rotundamente, de recurrir a los *demonios* para efectuar ciertos fenómenos. De esta cornucopia abigarrada de opiniones se yergue claramente un hecho: a la Sociedad, a sus miembros y a sus ideas se les otorga la suficiente importancia para considerarles como tema de discusión y denuncia; ya que *los seres humanos detractan sólo a aquellos que odian o temen.*

Sin embargo, aunque la Sociedad haya tenido sus enemigos y detractores, cuenta también con amigos y defensores. A cada improperio le corresponde una palabra lisonjera. Empezó con un grupo de casi doce hombres y mujeres dedicados; después de un mes, el incremento de sus miembros fue tan considerable que se necesitó alquilar una sala pública para sus reuniones. En el transcurso de dos años, constaba de sucursales operativas en países europeos. En seguida, se alió con la Arya Samaj de la India, encabezada por el docto Pandit Dayanand Saraswati Swami y con los budistas de Ceilán, guiados por el erudito H.Sum mangala, el Alto sacerdote de Adam’s Peak y Presidente de la Universidad Widyodaya en Colombo.

Aquel a quien le gustaría tratar de sondear, seriamente, las ciencias psicológicas, debe acudir a la sagrada tierra de la antigua Aryâvarta. No existe lugar más antiguo en lo que atañe a sabiduría esotérica y a la civilización, a pesar de lo degradado que pueda ser su pobre sombra: la India moderna. Como consideramos a este país la caudalosa cuna de la cual provinieron los siguientes sistemas filosóficos, una porción de nuestra Sociedad ha acudido a esta fuente de toda psicología y filosofía para aprender su antigua sabiduría, pidiendo la impartición de sus extraños secretos. El adelanto de la filología es ya considerable para que, actualmente, necesite una demostración del hecho según el cual Aryâvarta fue la nacionalidad primogénita. Las hipótesis no probadas y preconcebidas de la cronología moderna, no merecen ninguna consideración y se desdibujarán en el tiempo, análogamente a otras teorías no terminantes. La línea de la herencia filosófica: de Kapila a través de Epicuro y hasta James Mill, de Patanjali a través de Plotino y hasta Jacob Böhme, es trazable como el curso de un río a lo largo de un paisaje. Uno de los objetivos de la organización de la Sociedad consistía en examinar las ideas demasiado trascendentales de los espiritistas con respecto a los poderes de los espíritus desencarados. En seguida, después de haberle comunicado lo que, según nosotros, una parte de sus fenómenos *no* son, nos corresponde mostrarles lo que son. Es tan evidente que la llave de los presuntos fenómenos “sobrenaturales” debe buscarse en oriente y especialmente en la India, que recientemente, también lo ha admitido el “Pioneer” de Allahabad (11 de Agosto de 1879), un periódico anglo-indo cuya reputación es la de ser muy franco. El rotativo, inculcando a los científicos por haberse “dedicado al descubrimiento físico durante algunas generaciones, descuidando la investigación super física,” menciona “la nueva ola de escepticismo” (el espiritismo), la cual “recientemente ha estorbado esta convicción.” Dirigiéndose a un amplio número de personas, incluyendo a muchos eruditos y doctos, agrega: “Nuevamente, lo sobrenatural se ha impuesto como un tópico adecuado para el análisis y la pesquisa. Además, existen hipótesis plausibles en favor de la idea según la cual: entre los ‘sabios’ orientales se encuentra una

profusión de vestigios de tales peculiaridades personales, sean las que sean, necesarias como condición antecedente al evento de un fenómeno sobrenatural, mientras entre los habitantes modernizados del occidente, tales peculiaridades decrecen.” El escritor del editorial, ignorando que la causa que ampara es uno de los propósitos y objetivos principales de nuestra Sociedad, hace notar que: “nos parece que es la única dirección hacia la cual los esfuerzos de los Teósofos en la India puedan ser útiles. Se sabe que los miembros guías de la Sociedad Teosófica en la India son ya estudiantes muy adelantados de los fenómenos ocultos y esperamos que su interés profesado en la filosofía oriental [...] pueda cubrir una intención reservada de explorar el género de cosas que indicamos.”

Como ya observamos, entre nuestros numerosos objetivos, uno de los más importantes consiste en resucitar la obra de Ammonio Saccas y hacerle recordar a muchas naciones que son la progenie de “una madre.” En lo que concierne al aspecto transcendental de la Teosofía antigua, ha llegado el momento en que la Sociedad Teosófica lo explique. ¿En qué medida la Sociedad concuerda con la ciencia de los antiguos místicos arios y griegos, propensa a investigar a la naturaleza y a Dios y con los poderes de la mediumnidad espiritual moderna? Completamente, respondemos. Sin embargo, si nos preguntan: en qué cree, contestaremos que: “*como grupo*, en Nada.” La Sociedad, como conjunto no tiene ningún credo ya que éstos son simplemente el recipiente del conocimiento espiritual, mientras la Teosofía, en su esencia, es el conocimiento espiritual mismo, el verdadero meollo de la investigación filosófica y teísta. La representante visible de la Teosofía Universal, no puede ser más sectaria que una Sociedad Geográfica, la cual simboliza la exploración geográfica universal sin interesarse en el credo de sus exploradores. La religión de la Sociedad es una ecuación algebraica en la cual, mientras no se omita el signo de igualdad (=), cada miembro puede sustituir cantidades propias que mejor colinden con las exigencias climáticas y de su tierra natal, con las idiosincrasias de su pueblo o aún las suyas propias. Como nuestra Sociedad no tiene ningún credo aceptado, está muy dispuesta a dar y recibir, aprender y enseñar, valiéndose de la experimentación práctica, la antítesis de una aceptación simplemente pasiva y crédula de un dogma impuesto. Está abierta a aceptar cualquier resultado que alguna de las anteriores escuelas o sistemas afirme, siempre que pueda demostrarse lógica y experimentalmente. Por lo tanto: no puede acoger nada, basándose en la simple fe, no importando quién lo proponga.

Sin embargo, el asunto cambia al considerarnos individualmente. Los miembros de la Sociedad representan las nacionalidades y razas más heteróclitas. Además, nacieron y se educaron en los credos y condiciones sociales más disímiles. Algunos creen en una cosa otros en otra. Algunos se inclinan hacia la *magia* antigua o la sabiduría secreta que se enseñaba en los santuarios, la verdadera antítesis del culto a lo sobrenatural y lo diabólico. Otros están interesados en el espiritismo moderno o la relación con los espíritus de los fallecidos. Otros más propenden hacia el mesmerismo o el magnetismo animal o sólo la fuerza oculta dinámica en la naturaleza. Un cierto número aún no ha adquirido una creencia terminante; sin embargo, se encuentra en un estado de atenta espera. Hay también aquellos que, en un cierto sentido, se llaman materialistas. La Sociedad no incluye a ateos ni a fanáticos sectarios de ninguna religión; ya que el simple hecho de ser parte de ella, implica una búsqueda hacia la verdad final en lo que concierne a la esencia última de las cosas. Si un ateo especulativo existiese, cosa que los filósofos pueden negar, debería rechazar el binomio causa y efecto, tanto en este mundo material como en aquel espiritual. Puede haber miembros que, análogamente al poeta Shelley, han dejado que su imaginación se elevara a una sucesión de causas infinitas; ya que cada una, por turno, se convertía, lógicamente, en un resultado que necesitaba una causa previa, hasta que han enrarecido al Eterno en una escueta neblina. Sin embargo, aún ellos, no son ateos en el sentido especulativo; ya sea que identifiquen las fuerzas materiales del universo con las funciones que los teístas atribuyen a su Dios, o no. En cuanto, una vez que no pueden emanciparse de la concepción del ideal abstracto del poder, de la causa, de la necesidad y del efecto, pueden considerarse ateos sólo con respecto a un Dios personal y no al Alma Universal del panteísta. En cambio, el fanático sectario, atrincherado en su credo, en cuya estacada se lee el aviso: “se prohíbe el tránsito”, no puede salir de su baluarte para unirse a la Sociedad Teosófica y aunque pudiera, ella no tendría espacio para aquel cuya religión le veda todo examen. La verdadera idea eje de la Sociedad es una investigación libre e intrépida.

La Sociedad Teosófica, como grupo, considera que los Teósofos, propiamente dichos, fueron y son, todos los pensadores e investigadores originales del lado oculto de la naturaleza; ya sean materialistas: los que encuentran en la materia “la promesa y la potencia de la vida terrestre completa” o espiritualistas: aquellos que disciernen en el espíritu la fuente de toda energía y materia. Desde luego, para ser un

teósofo, no es menester reconocer la existencia de algún Dios o deidad particular. Simplemente hay que adorar el espíritu de la naturaleza viviente y tratar de identificarse con ésto. Se debe respetar esa *Presencia*: la Causa invisible que está siempre manifestándose en sus resultados incesantes, el Proteo intangible, omnipotente y omnipresente que, siendo indivisible en su Esencia, elude la forma, aún apareciendo bajo cada una de éstas. Se encuentra aquí y allá, por todas partes y en ninguna, es el Todo y la Nada, ubicuo, mas sin embargo uno, la Esencia que llena, vincula, deslinda y contiene el todo y está contenida en el todo. Por lo tanto, es evidente que estos hombres, a cualquier clase que pertenezcan: teístas, panteístas o ateos, son equiparables con el resto. Sea como fuere, una vez que el estudiante abandona el antiguo y traficado sendero de la rutina y entra en el camino solitario del pensamiento independiente hacia Dios, es un Teósofo, un pensador original, un buscador de la verdad eterna con una “inspiración propia” para desenmarañar los problemas universales.

La Teosofía es la aliada de todo individuo que busca independientemente y con ahinco, un conocimiento del Principio Divino, las relaciones humanas con éste y sus manifestaciones en la naturaleza. Es, análogamente, la aliada de la ciencia honrada para distinguirla de la gran cantidad que pasa por ciencia física *exacta*, siempre que ésta no incursione en los reinos de la sicología y de la metafísica.

Es también la aliada de toda religión íntegra: una religión dispuesta a ser juzgada conforme los mismos parámetros que implementa para las demás. Según la Teosofía: los libros que contienen la verdad más evidente son inspirados y (no revelados). Sin embargo, a causa del elemento humano que encierran, los considera inferiores al Libro de la Naturaleza, cuya lectura y comprensión correcta implica el necesario desarrollo elevado de los poderes innatos del alma. Sólo las facultades intuitivas pueden percibir las leyes ideales, las cuales trascienden el campo de la argumentación y de la dialéctica y nadie puede comprenderlas o apreciarlas correctamente mediante las explicaciones de una mente ajena, aunque ésta afirme tener una revelación directa. Además, la Sociedad en cuestión, que permite la más amplia investigación en los campos del ideal puro, sostiene una actitud igualmente firme en la esfera de los hechos. Así, su respeto por la ciencia moderna y sus justos representantes es sincero; no obstante que carezcan de una intuición espiritual superior, el mundo les debe mucho. Por lo tanto, la Sociedad ampara de corazón la protesta noble e indignada del Reverendo O.B.Frothingham, predicador dotado y elocuente, el cual pugna contra aquellos que procuran menospreciar los servicios de nuestros grandes naturistas. En una reciente conferencia presentada en Nueva York exclamó: “Habláis de la ciencia como si fuera irreligiosa y atea. La Ciencia está creando una nueva idea de Dios. Se debe a ella si tenemos alguna concepción de un Dios *viviente*. Si en el futuro no llegamos a ser ateos bajo los efectos exacerbantes del Protestantismo, será gracias a la ciencia; ya que está emancipándonos de las horribles ilusiones que nos importunan y nos confunden, colocándonos, entonces, en el estado que nos enseña como razonar acerca de las cosas visibles [...]”

Al mismo tiempo, gracias a la obra incesante de orientalistas como W.Jones, Max Müller, Burnouf, Colebrooke, Haug, St. Hilaire y muchos más, la Sociedad, como grupo, siente un respeto y una veneración equiparable hacia las antiguas religiones del mundo, véase el Vedanta, el Budismo, el Zoroastrianismo y otras y un sentimiento fraterno hacia sus miembros hindúes, singaleses, parsis, jainos, hebreos y cristianos, como estudiantes individuales del “ser”, de la naturaleza y de lo divino en ella.

La Sociedad, nacida en los Estados Unidos de América, fue constituida según el modelo de su tierra madre, cuyas leyes otorgan absoluta igualdad a todas las religiones, omitiendo el nombre de Dios de su constitución para que no se proporcione el pretexto que un día se establezca una religión de estado. El estado las sostiene y las protege a todas. La Sociedad, plasmada según tal constitución, puede ser llamada justamente: una “República de la Conciencia.”

Pensamos que ahora hemos dilucidado por qué nuestros miembros, como individuos, son libres de participar o no en cualquier credo que les plazca, siempre que no pretendan ser los únicos que gozan del privilegio de la conciencia, imponiendo sus opiniones a los demás. En este respecto, las Reglas de la Sociedad son muy rígidas y trata de implementar la sabiduría del antiguo axioma budista: “Honra tu fe y no denigres la fe ajena”, que reverbera, en nuestro siglo, en la “Declaración de Principios” del Brahmo Samaj, cuya noble afirmación dice: “ninguna secta será objeto de denigración, burla u odio.” La sexta Sección de las Reglas Revisadas de la Sociedad Teosófica, recientemente adoptadas en el Concilio General en Bombay, ordena:

Ningún oficial de la Sociedad Madre tiene el derecho de expresar, oral o físicamente, hostilidad o preferencia hacia alguna sección (división sectaria o grupo dentro de la Sociedad), más bien que a otra. A todas se les debe considerar y tratar de manera ecuánime según los objetivos de la solicitud y ejercicio de la Sociedad. Todas tienen igual derecho de presentar los aspectos esenciales de su creencia religiosa frente de un tribunal o de un mundo imparcial.

Cuando los miembros son el blanco de ataques, ocasionalmente pueden, en su capacidad individual, infringir esta Regla; sin embargo, como oficiales deben reprimir esta violación y durante las reuniones la Regla se implementa rígidamente; ya que la Teosofía, en su sentido abstracto, se yergue sobre todas las sectas humanas. La Teosofía es demasiado extensa para que algunas de ellas la contengan, sin embargo puede, fácilmente, contener a ellas.

Concluyendo, podemos afirmar que sus ideas son mucho más amplias y universales que alguna Sociedad científica existente. Además, incluye algo que la ciencia no contempla: una creencia en toda posibilidad y una voluntad determinada para penetrar en esas regiones espirituales desconocidas que, según la ciencia exacta: sus miembros no tienen ninguna razón para explorar. También tiene una cualidad más que cualquier religión; ya que no fomenta ninguna diferencia entre los Gentiles, los Judíos y los Cristianos. Este es el espíritu con el cual se ha establecido la Sociedad estribándose en la Hermandad Universal.

La Sociedad, desinteresada en la política, hostil hacia los sueños insensatos del socialismo y del comunismo, al que detesta, siendo ambos simplemente conspiraciones solapadas de fuerza brutal e indolencia contra los laboradores honestos, no reza mucho con la guía del aspecto humano externo del mundo material. Todas sus aspiraciones están dirigidas hacia las verdades ocultas de las esferas visibles e invisibles. Vivir bajo un régimen imperial o republicano, circunscribe simplemente al individuo objetivo. Su cuerpo puede encontrarse en esclavitud, sin embargo, en lo que concierne a su alma, tiene el derecho de contestar a sus regentes reverberando la orgullosa respuesta que Sócrates dió a sus jueces. Ellos no tienen ningún control sobre el ser *interior*.

Entonces, esta es la Sociedad Teosófica, sus principios, sus metas polifacéticas y sus objetivos. Por lo tanto, las pasadas ideas erróneas del público en general y la palanca que el enemigo ha logrado ejercer para rebajarla en la estima pública, no nos sorprenden. El verdadero estudiante ha sido siempre un recluso, un ser silencioso y meditabundo. Sus hábitos y sus intereses tienen muy poco en común con el mundo en constante actividad, por lo tanto, mientras él estudia, sus enemigos y detractores gozan de oportunidades imperturbadas. Sin embargo, el tiempo sana todo y las mentiras son, simplemente, efímeras. Únicamente la Verdad es eterna.

Enseguida, hablaremos acerca de algunos miembros de la Sociedad que han efectuado grandes descubrimientos científicos y otros más hacia los cuales los psicólogos y los biólogos deben mucho por la nueva luz irradiada en los problemas más recónditos del ser interno. Actualmente, nos proponíamos probar al lector que la Teosofía no es una “nueva doctrina”, ni una conspiración política y ni una de esas sociedades de entusiastas que nacen hoy y desaparecen mañana. Las dos grandes Divisiones: oriental y occidental, en que se ha organizado la Sociedad, demuestran que no todos sus miembros pueden pensar de manera análoga. El sector occidental está dividido en numerosas secciones según las razas y las ideas religiosas. El pensamiento de un individuo, a pesar de sus manifestaciones, infinitamente multiformes, no lo abarca todo y, siendo limitado, necesariamente especula en una sólo dirección. Una vez trascendidas las lindes del conocimiento humano exacto, debe errar y vagar; ya que las ramificaciones de la Verdad Central y absoluta son infinitas. Por lo tanto, de vez en cuando, discernimos que aún los filósofos más grandes se pierden en los laberintos de las especulaciones; provocando, entonces, la crítica de la posteridad. Sin embargo, como todos trabajan para el único mismo objetivo: la liberación del pensamiento humano, la eliminación de las supersticiones y el descubrimiento de la verdad, los acogemos calurosamente. Todos concordarán que para mejor alcanzar y asimilar estos objetivos, es menester convencer a la razón y fomentar el entusiasmo de la generación de mentes nuevas y frescas, las cuales están madurando y preparándose para sustituir a sus padres con ideas preconcebidas y conservadoras. Como cada ser, tanto los grandes como los pequeños, ha recorrido el camino maestro hacia el conocimiento, los escuchamos a todos y los aceptamos como miembros, ya sean los grandes o los pequeños. Desde luego, ningún buscador honesto regresa con las manos vacías y aún cuando el favor popular ha sido parco con un individuo, él puede, por lo menos, colocar su óbolo en el único altar de la Verdad.

¿Es La Teosofía Una Religión?

“La religión es la mejor armadura que un ser pueda tener, sin embargo es la peor capa.” Bunyan

No es una hipérbole decir que jamás existió, por lo menos durante este siglo, un movimiento social o religioso, tan terriblemente o mejor dicho, tan absurdamente mal comprendido o tergiversado como la Teosofía; ya sea que se considere teóricamente como código ético o prácticamente en su expresión objetiva: la Sociedad Teosófica.

Año tras año y día tras día, nuestros oficiales y miembros tuvieron que interrumpir e impugnar, de manera más o menos enfática, a las personas que hablaban acerca de la teosofía como si fuera una “religión” y de la Sociedad Teosófica como si fuera una suerte de iglesia o ente religioso. ¡Lo que es aún peor, es que a menudo se menciona como si fuera una “nueva secta”! ¿Es este un prejuicio pertinaz, un error o ambos? La última hipótesis es la más probable. La gente con una mentalidad muy estrecha y notoriamente inicua, aún necesita un pretexto plausible para encontrar un blanco hacia el cual dirigir sus observaciones poco caritativas y sus calumnias expresadas inocentemente. Para tal propósito, ¿cuál blanco es más sólido y conveniente que un “ismo” o una “secta”? A la gran mayoría no le gustaría ser desengañada, obligándola, finalmente, a aceptar el hecho de que la teosofía no es ni una “religión” ni una “secta”. El nombre colinda con sus ideas distorsionadas y fingen no saber que es inadecuado. Sin embargo, existen otras personas, más o menos simpatizantes, que están sinceramente influenciadas por la misma ilusión. A éstas les decimos: seguramente, hasta la fecha, el mundo ya ha sufrido suficientemente bajo la acción de factores capaces de aletargar el intelecto: los credos dogmáticos ¡para que les inflijamos una nueva forma de fe! Un número muy nutrido de individuos lleva puesta su fe según las palabras de Shakespeare: “como la moda de un gorro”, cambiándola siempre “en la próxima estación.” Además, la verdadera razón de ser de la Sociedad Teosófica consistía, desde sus albores, en una protesta estentórea y en una batalla abierta contra el dogma o cualquier creencia basada en la fe ciega.

Podrá parecer extraño y paradójico, sin embargo es verdadero decir que, hasta la fecha, los trabajadores más expertos en la teosofía práctica y sus miembros más devotos, se han reclutado de los rangos de los agnósticos y aún de los materialistas. Jamás se encontrará a un sincero y genuino buscador de la verdad entre los creyentes *fanáticos* en la “Palabra Divina”, cualquiera que sea su procedencia: Alá, Brahma, Jehová o sus respectivos Corán, Purana y Biblia; ya que “la Fe no es el fruto de la *razón*, sino de su reposo.”

Aquel que cree en su religión por fe considerará, aquella ajena, como una mentira, odiándola en virtud de esa misma fe. Además, a menos que supedite la razón y obnubile completamente nuestras percepciones de cualquier cosa que salga de nuestra fe particular, ésta última no es fe del todo; sino una creencia temporal, la ilusión bajo la cual trabajamos en algún momento particular. Además, recurriendo a la definición perspicaz de Coleridge: “la fe sin principios es simplemente una frase lisonjera que encierra un dogmatismo obstinado o unas sensaciones corporales fanáticas.”

Entonces, ¿qué es la Teosofía? y ¿cómo podríamos definirla en su presentación más reciente en la parte final del siglo xix?

Nosotros decimos que la Teosofía no es *una* Religión.

Sin embargo, como todo el mundo sabe, el público en general ha empezado a considerar como “Teosofía” ciertas creencias filosóficas, religiosas y científicas, que en los últimos años han sido estrechamente asociadas con ella. Además, sentimos decir que los Fundadores, según cuya declaración: la Teosofía *no* es una Religión, son los que han presentado, explicado y defendido estas creencias. Por lo tanto nos preguntan: ¿Cuál es la explicación de esta contradicción *aparente*? ¿Cómo es posible que un cierto acopio de creencias y enseñanzas, en realidad una doctrina elaborada, pueda etiquetarse como “Teosofía” y que nueve décimos de los miembros de la Sociedad Teosófica la acepte tácitamente si la Teosofía no es una Religión?

La presente protesta se propone elucidar estos puntos.

En primer lugar, quizá sea preciso decir que la afirmación según la cual: “la Teosofía no es *una* Religión”, no excluye, ni mínimamente, el hecho de que la “Teosofía *es* la Religión” misma. Según el

verdadero y único significado correcto del término, una religión es un vínculo que une a los seres humanos entre ellos y no un conjunto particular de dogmas y creencias. Ahora bien, esencialmente, la Religión, en su acepción más amplia, es lo que vincula, en un gran entero único, no sólo a *todo el género humano*; sino a *todos los seres* y las *cosas* en el Universo. Esta es nuestra definición teosófica de religión; sin embargo, la misma definición cambia con cada credo y país y no hay dos cristianos que la consideren de manera análoga. Esto se constata en más de un eminente autor. En efecto, Carlyle definió la Religión Protestante de sus días con un discernimiento altamente profético, expresando un sentimiento que actualmente está en continuo ascenso:

Por lo general, es un sentimiento sabio y prudente que estriba en el mero cálculo, una cuestión de conveniencia y de utilidad, que hoy se refleja en todas las demás y mediante la cual una diminuta cantidad de goce terrenal, puede trocarse por una porción mucho más amplia de placer celestial. Así, aún la religión es provechosa, un trabajo con fines lucrativos, no es reverencia; sino esperanza o pavores vulgares.

A su vez, la señora Stowe, ya sea consciente o inconscientemente, daba la impresión de pensar en el Catolicismo Romano en lugar del Protestantismo, cuando, hablando de su heroína, dijo:

Ella consideraba la religión como un boleto (con el exacto número de indulgencias compradas y sufragadas), el cual, una vez adquirido y colocado cómodamente en la cartera, debe presentarse en la puerta celestial, asegurándose así la admisión al paraíso [...]

Sin embargo, los Teósofos, (aquellos auténticos), que no aceptan ninguna mediación por terceros, ninguna salvación a través del derramamiento de sangre inocente y ni pensarían “trabajar con fines lucrativos” en la religión *Universal Una*, podrán concurrir y aceptar en su integridad, sólo la definición de Miller, el cual la describe de forma verdadera y teosófica mostrando que:

La verdadera Religión es siempre suave, propicia y humilde;
No asume el rol de *tirana* y no planta *ninguna fe en la sangre*,
Ni las ruedas de su carro conllevan destrucción;
Sino más bien, se inclina para refinar, socorrer y remediar,
Y *erige su grandeza sobre el bien de todos*.

Esta es una correcta definición de lo que *es*, o debería ser, la verdadera teosofía. (Entre los credos, sólo el Budismo es una filosofía que une verdaderamente el corazón y los seres humanos; ya que no es una religión dogmática.) Bajo este punto de vista y considerando que es el deber y la tarea de cada teósofo genuino, aceptar y actualizar estos principios, podemos decir que la Teosofía *es* Religión y la Sociedad es su única Iglesia Universal, el templo de la sabiduría de Salomón⁴ para cuya construcción “no se necesitó martillo ni hacha y durante su erección no se oyó en la casa ningún ruido de utensilios de hierro” (Reyes, vi). Ya que “este templo” no es el fruto de ningún trabajo manual humano, ni se edifica en ninguna localidad terrenal; sino que se eleva sólo en el santuario del corazón humano, el único sitio donde reina el alma despierta.

Por lo tanto, la Teosofía no es *una* Religión; sino la *Religión* misma, el único vínculo de unidad que es tan universal y omnímodo que no puede omitir de su luz a ningún ser humano y a ningún fragmento: desde los dioses y los mortales, hasta los animales, la hoja de hierba y el átomo. Por lo tanto, cualquier organización o conjunto con ese nombre debe, necesariamente, ser una *Hermandad Universal*.

Si no fuese así, la Teosofía sería simplemente una palabra añadida a la constelación de otras muy altisonantes, pretenciosas y vacuas. Desde un punto de vista filosófico, la Teosofía es, en su obra práctica, el alambique del alquimista medioeval. Transmuta el metal, aparentemente burdo de cada credo ritualístico y dogmático, (Cristianismo incluso), en el oro del hecho y de la verdad, produciendo entonces una panacea universal para los males de la humanidad. Esta es la razón por la cual, a nadie que solicite su admisión en la Sociedad Teosófica, se le pregunta a cuál religión pertenece, ni cuáles son sus opiniones

⁴ Cuyas 700 mujeres y 300 concubinas son, dicho sea de paso, simplemente las personificaciones de los atributos, los sentimientos, las pasiones y los varios poderes ocultos humanos. Los números cabalísticos 7 y 3 lo muestran claramente. Además, el mismo Salomón, siendo simplemente el emblema del Sol: el “Iniciado Solar” o el Cristo Sol, es una variante del “Vikartana” hindú (el Sol), privado de sus rayos por Viswakarma, su Hierofante Iniciador, el cual remueve el fulgor áureo del candidato-*Chrestos* para la iniciación, coronándolo con una aureola oscura y ennegrecida: la “corona de espinas.” (Para una explicación completa, consultar “La Doctrina Secreta.”) Salomón nunca fue un hombre viviente. Su vida y sus obras descritas en “Reyes” son una alegoría sobre las pruebas y la gloria de la Iniciación.

acerca de la divinidad. Estas son su propiedad privada y no tienen ninguna atinencia con la Sociedad; ya que el cristiano o el pagano, el judío o el gentil, el agnóstico o el materialista o aún el ateo, pueden practicar la Teosofía siempre que ninguno de ellos sea un fanático radical refractario en reconocer, como hermano o hermana, a cada ser que no comparta su credo o creencia particular. El Conde León N. Tolstoy no cree en la Biblia, en la Iglesia y ni en la divinidad de Cristo; sin embargo, ningún cristiano lo eclipsa en la realización práctica de los principios que, según se afirma, fueron predicados en la Montaña. Estos principios son aquellos de la Teosofía, no porque el Cristo Cristiano los expresó, sino por ser éticas universales predicadas por Buda, Confucio, Krishna y todos los grandes sabios, millares de años antes de la recopilación del Sermón de la Montaña. Por lo tanto, una vez que vivimos en armonía con este tipo de teosofía, ésta se convierte, en realidad, en una *panacea* universal; ya que sana las heridas infligidas por las burdas asperezas de los “ismos” eclesiásticos en el alma sensible de cada ser naturalmente religioso. ¿Cuántos de ellos, catapultados fuera de la estrecha área de la creencia ciega y caídos en los rangos del escepticismo árido por la reacción impulsiva de la decepción, han sido llevados otra vez a nutrir una aspiración esperanzadora, simplemente uniéndose a nuestra Hermandad, no obstante su imperfección?

Si a fin de equilibrar el asunto, se nos recuerda que diversos miembros prominentes han dejado la Sociedad, decepcionados de la teosofía, como les aconteció en otras asociaciones, ésto no puede desanimarnos ni mínimamente; ya que, en los albores de las actividades de la Sociedad Teosófica, sólo en *rarísimas* excepciones se alejaron porque discernieron que en la Organización General no se practicaba el misticismo como según *ellos* lo entendían; o porque “los líderes carecían de Espiritualidad, eran antiteosóficos y por lo tanto infieles a las reglas”; mientras que la mayoría de ellos abandonó la Sociedad debido a su apatía o presunción, considerándose una iglesia y un dogma infalible en sí mismos. Además, algunos se distanciaron valiéndose de pretextos muy superficiales según los cuales: “nuestras revistas trataban al Cristianismo (más bien al Cristianismo fanático o *postizo*) de manera demasiado caústica, ¿cómo si reserváramos un mejor tratamiento o amparáramos, las otras religiones fanáticas! Por lo tanto, todos los que se fueron hicieron bien y nunca los hemos lamentado.

Además, debemos agregar que: el número de las personas que se fueron es incomparable con el de las que encontraron en la Teosofía todo lo que esperaban hallar. Si estudiamos seriamente sus doctrinas, éstas estimulan los poderes razonadores y despiertan el ser *interior* en el hombre animal, evocando en nosotros todo poder, hasta la fecha latente y también la percepción de lo verdadero y de lo real, en lugar de lo falso y de lo irreal. La Teosofía científica, versada en la hermenéutica del simbolismo perspicaz de las edades, descorre firmemente el espeso velo de la interpretación literal con el cual se encubrían todas las antiguas escrituras religiosas y revela, al escarnecedor de la antigua sabiduría, el origen de las fes y ciencias del mundo. Abre nuevos panoramas más allá de los antiguos horizontes de las fes cristalizadas, inmóviles y déspotas, transmutando la creencia ciega en un conocimiento razonado basado en leyes matemáticas, la única ciencia *exacta* y le demuestra, recurriendo a aspectos más profundos y filosóficos, la existencia de lo que él había abandonado desde hace mucho tiempo, considerándolo como una fábula y rehusándolo por la cristalización de su forma literal. A todo hombre o mujer de cualquier nivel social, cultural e intelectual, le imparte un objetivo claro y bien definido, un ideal por el cual vivir. La Teosofía práctica no es *una* Ciencia, sin embargo abraza toda ciencia en la vida moral y física. En pocas palabras, podríamos considerarla como el “entrenador” universal, un preceptor de un conocimiento y experiencia globales, con una erudición que no sólo asiste y guía a sus alumnos hacia un examen exitoso en vista de cada servicio científico y moral en la vida terrenal; sino que les equipa para las *vidas* futuras si sólo estudiaran el universo y sus misterios *en sí mismos*, sin examinarlos a través de los cristales de la ciencia y de las religiones ortodoxas.

Que ningún lector interprete erróneamente tales declaraciones. Esta omnisciencia se proclama en favor de la Teosofía *misma* y de ningún miembro individual de la Sociedad o aún Teosófo. No se debe confundir el binomio: Teosofía y Sociedad Teosófica, la primera es el recipiente el cual contiene la segunda, la *olla podrida*. La Teosofía, como ideal, es la Sabiduría *divina*, la perfección misma, mientras la Sociedad Teosófica es una pobre cosa imperfecta que trata de caminar *bajo*, si no *dentro*, de la sombra que la Teosofía refleja en la tierra. Ningún ser humano es perfecto, entonces ¿por qué deberíamos esperar que algún miembro de la Sociedad Teosófica sea un modelo de toda virtud humana? ¿Y por qué se debería criticar y culpar a la organización entera por las limitaciones, tanto reales como imaginarias, de algunos de sus “Miembros” o aún de sus Líderes? Jamás la Sociedad, como asociación concreta, ni ninguno de sus miembros, fueron exentos de culpas o pecados; ya que errar es humano. Por lo tanto, se

debería más bien culpar a estos miembros, la mayoría de los cuales no están guiados por la teosofía, que es el alma de la Sociedad Teosófica, mientras esta última es su cuerpo burdo e imperfecto. Por lo tanto, antes de que estos Salomones modernos, *dispuestos* a sentarse en el Asiento del Juicio y a dictaminar acerca de lo que ignoran, denigren la teosofía o a algún teósofo, les invitamos a familiarizarse primero con ambos, en lugar de llamar, ignorantemente, a la primera una “profusión abigarrada de creencias insensatas” y la segunda una “secta de embusteros y lunáticos.”

No obstante todo esto, los amigos y los enemigos de la Teosofía hablan de ella como si fuera una religión, cuando no la definen como una *secta*. Veamos cómo, las particulares creencias, que con el tiempo se han asociado a la Teosofía, alcanzaron tal posición y cómo es que les corresponde, de buen derecho, al punto que ninguno de los líderes de la Sociedad homóloga, jamás pensó en desconocer sus doctrinas.

Hemos dicho que creemos en la unidad absoluta de la naturaleza. La unidad implica la posibilidad, para un ente de un plano, de entrar en contacto con otro ente sobre otro plano o procedente de otro plano. Esta es nuestra creencia.

“La Doctrina Secreta”, recientemente publicada, mostrará cuales eran las ideas de toda la antigüedad en lo que atañe a los *instructores primitivos* de la primera humanidad y de sus tres razas anteriores. El génesis de esa Religión-Sabiduría, en el cual todos los teósofos creen, se remonta a ese período. El origen de lo que llamamos “Ocultismo” o más bien Ciencia Esotérica, debe reconducirse a esos Seres que, guiados por el Karma, se han encarnado en nuestra humanidad, impartiendo la tónica de tal Ciencia secreta que, desde entonces, en cada edad, innumerables generaciones de adeptos subsiguientes han ampliado, mientras verificaban sus doctrinas recurriendo a la observación y a la experiencia personal. El conjunto de este conocimiento, que ningún ser humano es capaz de poseer en su totalidad, constituye lo que hoy llamamos Teosofía o “conocimiento divino.” Seres de otros mundos más elevados podrían ser los depositarios de su versión integral, sin embargo, nosotros, lo somos sólo de aquella parcial.

Por lo tanto, la unidad del todo en el universo implica y justifica nuestra creencia en la existencia de un conocimiento un tiempo científico, filosófico y religioso, mostrando la necesidad y la realidad de la recíproca conexión entre el ser humano y todas las cosas en el universo. Desde luego, tal conocimiento se convierte, esencialmente, en Religión y se le debe llamar, en su integridad y universalidad, con el nombre distintivo de Religión-Sabiduría.

Esta Religión-Sabiduría es la fuente de la cual emanan todas las variadas y (erróneamente llamadas) “Religiones” individuales, las cuales, a su turno, forman retoños, ramas y también todos los credos menores, cuyas bases y orígenes descansaban en alguna experiencia personal en psicología. Cada una de estas religiones o ramas religiosas, ya sea considerada ortodoxa o herética, sabia o insensata, empezó, originalmente, de la Fuente Madre como un flujo claro y prístino. El hecho de que, con el tiempo, cada una fue desvirtuada por las especulaciones y aún las invenciones puramente humanas por fines de lucro, no refuta el origen inmaculado de todas. Existen ciertos credos que no deberíamos llamar religiones en cuanto están constelados del elemento humano que los ha hecho irreconocibles; mientras otros recién empiezan a mostrar las primeras señales de decaimiento. Ninguno se ha sustraído a la mano del tiempo. Sin embargo, cada uno de ellos es de origen divino; ya que procede de una fuente natural y verdadera. Lo anterior vale para el Mazdeísmo, el Brahmanismo, el Budismo y el Cristianismo. Los dogmas y el elemento humano de éste último han conducido, directamente, al espiritismo moderno.

Obviamente, se provocaría una subversión por ambos lados si dijéramos que el Espiritismo moderno en sí, desintoxicado de las especulaciones desatinadas, basadas en las declaraciones de dos jovencitas y sus desconfiables “Espíritus” es, sin embargo, mucho más filosófico que cualquier dogma eclesiástico. Ahora, el Espiritismo *Carnalizado* está segando su Karma. Sus primeras *innovadoras*: “las dos jovencitas” de Rochester, la Meca del Espiritismo moderno, han crecido y han alcanzado la ancianidad desde que produjeron sus primeros golpes, abriendo completamente las puertas entre este mundo y el otro. Su atestación “inocente” originó y orquestó el esquema elaborado de una “Tierra Estival” (Summer-land), poblada de “Espíritus” astrales activos, siempre al borde entre su “Tierra Silenciosa” y la nuestra petulante y gárrula. Ahora, las dos Mahomas femeninas del Espiritismo moderno, han negado sus propias teorías, traicionando la “filosofía” que crearon y desertando a las filas enemigas. Expusieron y denunciaron el Espiritismo *práctico* como el engaño de las edades. Los espiritistas, (salvo algunas nobles excepciones), se han regocijado y se han reunido con *nuestros* enemigos y detractores, cuando éstos, *que jamás habían sido Teósofos*, nos traicionaron, mostrando su débil naturaleza al acusar a los Fundadores

de la Sociedad Teosófica como impostores y embusteros. ¿Deberían, los Teósofos, a su vez reirse, ahora que las “reveladoras” originales del Espiritismo se han tornado en sus “denigradoras”? ¡Jamás! Ya que los fenómenos espiritistas son hechos y la traición perpetrada por las “chicas Fox”, simplemente nos hace sentir lástima hacia todos los mediums y avala, ante el mundo entero, nuestra declaración constante según la cual, ninguno es confiable entre ellos. Ningún teósofo auténtico se burlará jamás o aún menos se regocijaría de la derrota ajena, ni siquiera de un oponente, simplemente porque:

Tanto hoy como siempre, sabemos que seres de otros mundos más elevados se confabulan con algunos mortales electos; aunque actualmente, ésto se haya convertido en algo más atípico que en la antigüedad ya que la humanidad, en cada generación más civilizada, se degrada en todo aspecto.

Quizá, un día la Teosofía pronuncie la última palabra sobre el Espiritismo y los “Espíritus” que aún no ha proferido; debido, en realidad, a la concitación de todos los espiritistas europeos y americanos contra las primeras frases que contradecían la idea de que toda *inteligencia* comunicadora fuera, necesariamente, el Espíritu de algún ex-mortal de esta tierra. Entretanto, una humilde servidora de la teosofía, la editora, declara, una vez más, su creencia en Seres más grandiosos, más sabios y más nobles que algún Dios personal, los cuales trascienden cualquier “Espíritu de muertos”, Santos y Angeles alados, quienes, sin embargo, en cada edad, se dignan a inspirar, ocasionalmente, a pocos sensitivos, a menudo totalmente desvinculados de la Iglesia, del Espiritismo o aún de la Teosofía. Por lo tanto, la editora, creyendo en Seres Espirituales elevados y santos, debe también creer en la existencia de su antítesis: “espíritus” inferiores, buenos, malos e indiferentes. Entonces, cree en el espiritismo y en sus fenómenos, algunos de los cuales le provocan una profunda repulsión.

Esto lo presentamos como una observación casual y un escarceo, con el fin de mostrar que la Teosofía incluye al Espiritismo, como debería ser y no como es, entre sus ciencias que estriban en el conocimiento y la experiencia de inconmensurables edades. No existe religión digna de tal nombre cuyo origen no se remonte a estas *visitas* de Seres de planos superiores.

Esta es la manera en la cual nacieron todas las religiones prehistóricas e históricas: Mazdeismo, Brahmanismo, Budismo, Cristianismo, Judaísmo, Gnosticismo y Mahometanismo, en pocas palabras, cada “ismo” más o menos exitoso. Todos son verídicos en su esencia y falsos en su aspecto superficial. El Revelador, el artista quien imprimió una porción de la Verdad en el cerebro del Vidente, era siempre un artista auténtico que divulgaba verdades genuinas, sin embargo, el instrumento resultó ser siempre y *sólo*, un ser humano. Inviten a Rubenstein y pídanle que toque una sonata de Beethoven en un piano dejado a *sus propios recursos*: desafinado, con la mitad del teclado en parálisis crónica y las cuerdas sueltas y vean si, no obstante el genio del artista, podrán reconocer la sonata. La moral de la fábula es que un ser humano, ya sea el medium o el vidente más grande, es simplemente un hombre, quien, dejado a sus recursos y especulaciones, *debe* estar en disonancia con la verdad absoluta aun cuando recoja algunos de sus fragmentos. Desde luego, el Hombre es meramente un Angel *caído*, un dios en su interior, sin embargo, teniendo un cerebro animal en su cabeza y compartiendo la compañía de otros hombres en la tierra, está más sujeto al frío y a los vapores del vino, que a la recepción exacta de las revelaciones divinas.

De aquí derivan los dogmas policromos de las iglesias, también las llamadas mil y una “filosofías” (algunas contradictorias, teorías teosóficas incluidas), las misceláneas “Ciencias” y esquemas, Espiritual, Mental, Cristiano y Secular; el sectarismo y el fanatismo y, especialmente, la vanidad personal y la presunción de casi todo “Innovador” desde las edades medioevales. Cada uno de ellos ha oscurecido y ocultado la verdadera existencia de la Verdad, la raíz común de todas. Quizá nuestros críticos imaginen que omitimos las enseñanzas teosóficas de esta nomenclatura. Absolutamente no. Aunque las doctrinas esotéricas que la Sociedad Teosófica promulgó y todavía promulga, no son impresiones *mentales* o *espirituales* procedentes de algún “desconocido *de arriba*”; sino el fruto de enseñanzas que nos impartieron hombres vivientes. Aún, exceptuando lo que esos mismos Maestros de la Sabiduría dictaron y recopilaron, estas doctrinas podrían ser, en muchos casos, tan incompletas e imperfectas como cada uno de nuestros opositores lo desee. “La Doctrina Secreta”, obra que expone todo lo divulgable en este siglo, es un conato para presentar, de forma *parcial*, la base y la herencia comunes en todos los esquemas religiosos y filosóficos grandes y pequeños. Se consideró indispensable desconchar toda esta masa de concepciones erróneas y prejuicios cristalizados que ahora oculta el tronco padre de (a) todas las grandes religiones del mundo; (b) de las sectas menores y (c) de la Teosofía en su versión actual, a pesar del velo que nosotros y nuestro conocimiento limitado arrojan sobre la Verdad. La capa del error que alguna

mano colocó es espesa y ya que nosotros hemos tratado *personalmente* de remover una parte de ésta, el esfuerzo se convirtió en el regaño incumbente contra todos los escritores teosóficos y aún la homóloga Sociedad. Nuestras tentativas de exponer el error en las revistas “Theosophist” y “Lucifer”, raramente no han sido calificadas, por nuestros amigos y lectores, como “ataques muy severos contra el cristianismo, asaltos antiteosóficos”, etc., etc. Sin embargo, éstos son muy necesarios, más bien, indispensables, si queremos sacar a relucir, por lo menos, las verdades *aproximativas*. Debemos presentar las cosas escuetas y, como siempre, estamos listos a sufrir por ésto. Es vano prometer *divulgar* la verdad y luego dejarla constelada de errores debido a nuestra cobardía. Está claramente demostrado que el resultado de tal actitud sólo podría enturbiar el flujo de los hechos. Después de doce años de trabajo y lucha incesante con enemigos esparcidos sobre todo el globo terráqueo, no obstante nuestras cuatro revistas teosóficas mensuales: el “Theosophist”, el “Path”, el “Lucifer” y el “Lotus” francés, con nuestras protestas insípidas y dóciles, nuestras declaraciones timidas, nuestra “táctica magistral de inactividad” y nuestro juego de escondite en la sombra de la metafísica monótona, simplemente han inducido a la gente a considerar seriamente a la Teosofía como una *secta* religiosa. Por la centésima vez nos preguntan: “¿Qué bien está efectuando la Teosofía?” y “¿Ved que buen trabajo están llevando a cabo las Iglesias!”

Sin embargo es un hecho inconcuso que la moralidad humana no ha dado un paso adelante y, bajo algunos puntos de vista, su condición es diez veces peor que aquella vigente en el período pagano. Además, en los últimos cincuenta años del siglo, desde que el Libre Pensamiento y la Ciencia se adelantaron sobre las iglesias, cada año las filas del cristianismo están perdiendo mucho más adherentes en las clases cultivadas, en comparación con los prosélitos que adquiere en el *nivel* inferior, las escorias del paganismo. Al mismo tiempo, la Teosofía ha rescatado del Materialismo y de la desesperación más profunda, a más de un individuo que la iglesia había perdido a causa del dogma, la ejerción de la fe y de la tiranía, conduciéndolo, nuevamente, a una creencia, (basada en la lógica y la evidencia), en el Ser *divino* del individuo y en la inmortalidad de este último. Si se puede probar que la Teosofía rescata una persona entre las millares de las que la iglesia ha perdido, ¿no es ésto un factor más positivo que todos los misioneros reunidos?

La teosofía, según declaran sus miembros y oficiales en la prensa y a viva voz, sigue líneas diametralmente opuestas a las que recorre la iglesia y rechaza los métodos de la ciencia; ya que su procedimiento inductivo puede únicamente conducir al craso materialismo. En efecto, la Teosofía afirma ser “Religión” y “Ciencia”; pues es el meollo de ambas. Por lo tanto, la Sociedad Teosófica, inducida por el amor de las dos abstracciones divinas: la religión y la ciencia teosóficas, se ha convertido en un *basurero* voluntario: tanto de la religión ortodoxa como de la ciencia moderna y también en el Nemesis incesante de aquellos que han degradado las dos nobles verdades por propósitos y fines personales, separándolas violentamente aunque las dos sean y *deban ser, una*. Este artículo se propone, entre otros fines, probar ésto.

El Materialista moderno insiste en la existencia de una laguna infranqueable entre las dos, apuntando que el “Conflicto entre Religión y Ciencia” ha desembocado en el triunfo de esta última y la capitulación de la primera. Sin embargo, el teósofo moderno rehusa ver cualquier laguna. Si el binomio Iglesia y Ciencia pregona que persigue la verdad y *nada más que la verdad* entonces, una de las dos o ambas se equivoca y acepta la mistificación por la verdad. Cualquier otro obstáculo hacia su reconciliación debe considerarse puramente *ficticio*. La verdad es una, aunque se busque o se persiga por dos diferentes extremos. Así, la Teosofía proclama reconciliar a las dos enemigas sentando la premisa que la religión cristiana *auténtica*, espiritual y primitiva es la *luz de la Verdad*, “la vida y la luz de la humanidad”, análogamente a las otras grandes filosofías más antiguas que la antecedieron.

Sin embargo, lo mismo vale para la *auténtica* luz de la ciencia. Por lo tanto, como los dogmas de una hermenéutica obnubilada por las supersticiones fruto de una elaboración superficial de las iglesias, oscurecen la religión, difícilmente esta luz podrá penetrar y conjugarse con su rayo gemelo: la ciencia, la cual está igualmente constelada de telarañas en la forma de paradojas y sofismos materialistas de la edad. Las enseñanzas de ambas son incompatibles y no podrán concordar mientras que la filosofía Religiosa y la Ciencia de la naturaleza física y externa, (que para la filosofía es *falsa*), insistan en la infalibilidad de sus respectivas doctrinas aleatorias. Las dos luces, dotadas de rayos de la misma extensión en la cuestión de deducciones falsas, pueden, simplemente anularse, produciendo una oscuridad aún peor. Sin embargo, es posible reconciliarlas siempre que ambas limpien sus casas; una: desembarazándose de las escorias de las edades y la otra: de la horrible excrescencia del materialismo y del ateísmo moderno. Como ambas

rehusan emprender este camino, el procedimiento mejor y más meritorio es precisamente el que sólo la Teosofía puede efectuar y *quiere efectuar*: mostrar a los inocentes atenazados en las entrañas de las dos acechadoras, en realidad dos dragones de antaño: uno que devora los intelectos y el otro las almas humanas, que el presunto abismo es simplemente una ilusión óptica, un inmenso montón de basura que las dos enemigas erigieron como baluarte contra las recíprocas acometidas.

Por lo tanto, la teosofía demostrará que es la salvadora de la humanidad aunque se limitara a indicar y a llamar seriamente la atención mundial al hecho de que la *presunta* discrepancia entre la religión y la ciencia está condicionada, por un lado: por los materialistas inteligentes quienes concitan contra los absurdos dogmas humanos y por el otro: por los fanáticos ciegos y los eclesiásticos interesados, quienes, en lugar de propugnar por las almas humanas, luchan de manera encarnizada en favor de su sustento y autoridad.

Esperamos haber mostrado lo que es la Teosofía real y lo que son sus adherentes. La primera es la Ciencia divina y un código Etico tan sublime que ningún teósofo puede poner, completamente, en práctica; los otros son individuos débiles pero sinceros. Entonces, ¿por qué juzgar a la Teosofía conforme a las limitaciones personales de algún líder o miembro de sus 150 sucursales? Uno podría trabajar para ella con lo mejor de su habilidad y aún, nunca elevarse a la cumbre de su llamado y aspiración. Esta es su desdicha y jamás la culpa de la Teosofía o de la organización general. Los Fundadores de la Sociedad Teosófica no reivindicán ningún mérito, salvo el de haber activado el engranaje. Si se deben juzgar, que se haga con arreglo al trabajo que han realizado y no valiéndose de lo que sus amigos puedan pensar o sus enemigos puedan decir de ellos. En un trabajo como el nuestro, no hay espacio para las *personalidades* y, si es necesario, todos deben estar preparados, como lo están los Fundadores, para que la carreta de Jaggennath los embista *individualmente* para *el bien colectivo*. Sólo en el lejano futuro, cuando la muerte haya puesto su mano glacial sobre los desafortunados Fundadores, terminando su actividad, se deberá pesar, en la Balanza de la Posteridad, sus respectivos méritos y deméritos, sus acciones buenas y malas y su trabajo teosófico. Sólo cuando los dos platillos con sus contrapesos, hayan alcanzado el equilibrio y el carácter del resultado neto haya llegado a ser evidente a todos en su valor intrínseco total, entonces, la naturaleza del veredicto emitido será determinada con alguna justicia. Actualmente, exceptuando la India, estos resultados están excesivamente diseminados en la superficie terrestre y demasiado circunscritos a un puñado de individuos para que sean fácilmente juzgables. Ahora bien, estos resultados son casi imperceptibles e inaudibles entre el bullicio y el fragor que la constelación de nuestros enemigos y sus dispuestos emúlos, los indiferentes, producen. Sin embargo, por pequeños que sean los resultados, si una vez se probará su positividad, aún ahora, todo ser en cuyo corazón resida el interés para el progreso moral de la humanidad, deberá su gratitud a la Teosofía. Cómo la Teosofía fue avivada y presentada al mundo por sus servidores indignos: los “Fundadores”, si su trabajo fue útil, éste debe ser su único defensor, a pesar del presente estado del saldo en las pequeñas cuentas de caja Kármica donde la “respetabilidad” social representa las entradas.

“Que Cada Hombre Pruebe Su Trabajo”

Este es el título de una carta que los editores de “Lucifer” recibieron. Su carácter es tan serio, que parece oportuno convertirla en el tema del artículo de fondo del mes. Seguramente, la presente, merece una respuesta muy atenta en vista de las verdades expresadas tan sucintamente, su importancia y la influencia que ejerce sobre el tópico muy oscuro de la Teosofía y su agente o vehículo: la Sociedad Teosófica.

¡Fiat justicia, ruat coelum!

Rendiremos justicia a ambos concurrentes en la disputa; por un lado: los Teósofos y los miembros de la Sociedad Teosófica⁵ y por el otro: los seguidores de la *Palabra Divina* (o Christos) y los llamados Cristianos.

He aquí la carta:

Para los Editores de “Lucifer”

Que grandiosa oportunidad se presenta en este país, a los exponentes de una religión noble y adelantada (si así es esta Teosofía⁶), a fin de probar su vigor, justicia y veracidad al mundo occidental, irradiando un rayo de su luz declarada capaz de iluminar y penetrar los actuales problemas terriblemente inquietantes y laberínticos.

Quizá no quepa duda que uno de los deberes más puros y menos egoístas del ser humano, consiste en aliviar los sufrimientos de sus semejantes.

Según lo que leo y lo que experimento en primera persona a diario, pienso que difícilmente se pueda contemplar una privación más intensa y un dolor más agonizante que el que, *actualmente*, sobrelleva un amplio segmento de nuestros hermanos y hermanas, fruto, en gran escala, de la completa escasez de medios a fin de asegurarse *las cosas básicas para el sustento*.

Es cierto que una religión elevada y celestial, la cual profesa recibir su conocimiento adelantado y su Luz de “aquellos más versados en la Ciencia de la Vida,” debería ser capaz de decirnos algo sobre ¡cómo enfrentar esta vida en su condición primitiva de sumisión inerme a las circunstancias alrededor, fruto de la civilización!

Si uno de nuestros deberes principales consiste en ejercer el amor altruista hacia la Hermandad, seguramente, “aquellos más versados”, ya sea encarnados o no, si sus feligreses los invocan, pueden y deben ayudarles para descubrir la manera y los medios para alcanzar este fin, organizando algún gran esquema fraterno con el objeto de considerar, *justamente*, las cuestiones que son tan aterradoras, en su complejidad, que deben apremiar con vigor irresistible a todos aquellos que se esfuerzan, con ahinco, hacia la realización de la voluntad de Cristo en la tierra Cristiana.

L.F.Ff

25 de Octubre, 1887

Esta carta franca y sincera contiene dos declaraciones: una acusación implícita contra la “Teosofía” (o sea la Sociedad homóloga) y una admisión virtual según la cual el cristianismo, o más bien sus religiones ritualistas y dogmáticas, merecen el mismo reproche; pero más austero. Desde luego, si a la “Teosofía” representada por sus divulgadores, le corresponde, con arreglo a la apariencia externa, la reprimenda que

⁵ No todos los miembros de la Sociedad Teosófica son Teósofos, ni todos los miembros de las llamadas Iglesias Cristianas son Cristianos. Los verdaderos Teósofos, como los verdaderos Cristianos, son muy *muy* pocos. Además, las filas de la Cristianidad encierran Teósofos prácticos, como existen Cristianos Prácticos en la Sociedad Teosófica, fuera de todo ritualismo Cristiano. “No todos los que me invocan diciendo: ‘Señor, Señor’, entrarán al Reino del Cielo; sino aquel que hace la voluntad de mi Padre.” (Mateo vii., 21). “No crean en Mí, sino en las verdades que expongo.” (Aforismos de Buda).

⁶ “Esta” Teosofía no es una religión, pero si debe serlo, es más bien *la* Religión. Actualmente, preferimos llamarla una filosofía capaz de entrañar cada religión, siendo la esencia y la base de todas. La tercera Regla de la Organización Teosófica dice: “La Sociedad no representa ningún credo religioso particular, es totalmente *no sectaria* e incluye feligreses de todas las fes.”

hasta la fecha ha malogrado la transferencia de la sabiduría divina de la región de la metafísica a aquella del trabajo práctico, el “Cristianismo”, es decir: simplemente los cristianos profesantes, los eclesiásticos y los legos, evidentemente están bajo de la misma acusación. Ciertamente, la “Teosofía” no ha logrado descubrir maneras y medios *infalibles* a fin de inducir todos sus miembros a ejercer el “amor altruista” en su Hermandad, aún no ha sido capaz de aliviar el sufrimiento en la humanidad en general, sin embargo, también el Cristianismo no tuvo éxito en la empresa. Además: nadie, ni siquiera nuestro corresponsal, puede presentar una cantidad suficiente de excusas para justificar tal malogramiento de los cristianos. Por lo tanto, admitir que “aquellos que se esfuerzan con ahinco para realizar la voluntad de Cristo en una tierra Cristiana”, *necesitan el auxilio de “aquellos más eruditos”,* ya sean (adeptos paganos) “encarnados o (espíritus?) desencarnados”, es muy significativa; ya que encierra la defensa y la razón de ser de la Sociedad Teosófica. Tal admisión, por tácita que sea, procediendo de la pluma de un cristiano sincero que anhela aprender algunas maneras prácticas a fin de aliviar los sufrimientos humanos de las multitudes hambrientas, se convierte en la justificación más grande y completa que sella la existencia de la Hermandad Teosófica. Es una confesión plena de la necesidad absoluta por tal conjunto independiente y desvinculado de cualquier dogma coercitivo y, al mismo tiempo, indica la señal evidente de que el Cristianismo ha malogrado los resultados deseados.

Coleridge expresó una verdad al decir que: “las buenas obras pueden existir *sin* principios redentores (?), por lo tanto no pueden contener en sí los principios de la salvación, sin embargo, los principios redentores jamás existieron, ni pueden existir, sin las buenas obras.” Los teósofos reconocen la definición y discrepan con los cristianos sólo en lo que concierne a la naturaleza de estos “principios redentores.” Según la iglesia (o las iglesias): el único principio redentor es la creencia en Jesús, o el Cristo carnalizado del dogma que mata el alma. La teosofía, siendo no dogmática y antisectaria, no comparte esta posición. El único principio *redentor* se alberga en la persona misma y nunca residió fuera de su ser inmortal divino: es el verdadero Christos, como es el auténtico Buda, la luz divina interna que procede del Todo eterno, inmanifestado e ignoto. Esta luz *puede revelarse sólo por sus obras*; mientras la *fe* en ella debe siempre permanecer ciega para todos, exceptuando el individuo que la siente en su alma.

Así, la tácita admisión de nuestro corresponsal considera otro punto sumamente importante. Parece que él haya sentido lo que muchos han sentido y expresado entre aquellos que se esfuerzan para auxiliar a los que sufren. Los credos eclesiásticos no logran difundir la luz *intelectual* y la verdadera sabiduría necesarias para convertir en *realidad* la filantropía práctica actualizada por los sinceros y dedicados seguidores de Jesús. La gente “práctica”, o continúa “haciendo el bien” desatinadamente, terminando por dañar o, aterrada por el terrible problema que se le presenta y no encontrando en sus “iglesias” ninguna sugerencia o esperanza de una solución, ceja el campo de batalla dejando que la corriente, en la cual acertaron a nacer, la arrastre ciegamente a la deriva.

Recientemente, los amigos y los enemigos de la Sociedad Teosófica, parecen haber adquirido la costumbre de reprenderla por no hacer ninguna obra práctica, excepto el perderse en las nubes de la metafísica. Aquellos a quienes les gusta reiterar argumentaciones estériles, nos dicen que los metafísicos han estado aprendiendo su lección durante los últimos miles de años, por lo tanto ha sonado la hora para que empiecen a efectuar algún trabajo práctico. Estamos de acuerdo. Sin embargo, considerando que las iglesias cristianas existen, más o menos, desde hace diecinueve siglos, mientras la sociedad teosófica y la hermandad es un grupo que difícilmente alcanza los doce años y teniendo presente que las iglesias cristianas gozan de pingües riquezas y sus feligreses son centenares de millones, mientras la hermandad teosófica cuenta con algunos millares dedicados y carece de fondos y que el 98 por ciento de sus miembros son tan pobres y poco influyentes, como la aristocracia de la iglesia cristiana es acaudalada y poderosa, hubiera mucho que decir si los teósofos, teniendo presente estos datos, eligieran introducirlos a la atención pública. Entretanto, considerando que los críticos más acérrimos de los “líderes” de la Sociedad Teosófica no pueden circunscribirse sólo a las personas externas; sino que existen miembros siempre dispuestos a encontrar pretextos para estar descontentos, preguntamos: ¿Es posible realizar obras caritativas, de renombre, sin dinero? Seguramente no. Aún, no obstante todo ésto, ninguno de sus miembros (europeos) efectúa un trabajo *práctico*, exceptuando algunos oficiales devotos que se encargan de las sociedades. Sin embargo, algunos de ellos, especialmente aquellos que jamás movieron un dedo para aliviar el sufrimiento y ayudar a sus hermanos más pobres fuera de la Sociedad Teosófica, son los más gárrulos y los más caústicos en delatar la *no espiritualidad* y la ineptitud de los “líderes de la teosofía.” Al mantener tal actitud, se trasladan a las filas externas de los críticos, análogamente a aquellos

espectadores que, durante una obra teatral, se burlan de un actor que representa tolerablemente a Hamlet, mientras que ellos, nunca tendrían la osadía de subir a la escena y entregar una carta en una bandeja. Mientras en la India, teósofos comparativamente pobres, han abierto dispensarios gratuitos para los enfermos, hospitales, escuelas y todo lo que podían imaginar, sin pedirles nada a cambio a los desheredados, tampoco el abandono de la religión de sus antepasados, como precio muy considerable en vista de los favores recibidos, cosa que en realidad hacen los misioneros. Por lo tanto, como regla, los teósofos ingleses ¿han hecho algo en favor de estas multitudes doloridas, cuyos gritos tristes reverberan en el Cielo a título de protesta contra las condiciones vigentes en las tierras cristianas?

Aprovechamos esta oportunidad para contestar tanto a los demás como a nuestro corresponsal, diciendo que, hasta la fecha, las energías de la Sociedad Teosófica han confluído principalmente en la organización, la extensión y la solidificación de la misma, exigiendo una cantidad tan elevada de tiempo, energías y recursos, que la ha dejado menos poderosa en el ámbito de la caridad práctica de lo que hubiéramos querido. Aún estando así las cosas, el trabajo de caridad práctica de la Sociedad Teosófica, si bien más sigiloso, una vez sopesado con la influencia y los fondos de esta última, seguramente se elevará a la altura de aquella de los cristianos profesantes, quienes pueden acudir a pingües recursos económicos, trabajadores y oportunidades de todo género. No debemos olvidar que la caridad práctica no es uno de los objetivos *declarados* de la Sociedad Teosófica. Está implícito y no se necesita “declarar”, el hecho de que, cada miembro de la Sociedad debe ser prácticamente filantrópico si quiere ser un teósofo. En realidad, nuestra obra declarada es más importante y eficaz que el trabajo en el plano de la vida diaria cuyos frutos son más evidentes e inmediatos, sin embargo, un efecto directo procedente de una apreciación por la teosofía, consiste en hacer caritativos a aquellos que antes no lo eran. La teosofía crea esa caridad que después se manifiesta en las obras espontáneamente.

Según la correcta definición de nuestro corresponsal, aunque en este caso particular es, más bien, irónica, la teosofía es una “religión altamente Celestial”. Se argüye que: si profesa recibir su conocimiento adelantado y luz de “aquellos más versados en la Ciencia de la Vida”, una vez invocados por sus devotos, (los teósofos), *deben* ayudarles a discernir las maneras y los medios para organizar algún gran esquema fraterno, etc.

El esquema ha sido planeado y aquellos que son “más versados en la Ciencia de la vida (*altruista, práctica diaria*)”, han impartido las reglas y las leyes para guiar tal hermandad práctica. En realidad, son “más versados” en este campo que cualquier otro desde los días de Gautama Buda y de los Esenios Gnósticos. El “esquema” remonta al año en que se fundó la Sociedad Teosófica. Que cada individuo lea sus leyes nobles y sabias contenidas, hasta la fecha, en los Estatutos de la Fraternidad y juzgue, independientemente, si el “esquema”, una vez realizado rigurosamente y aplicado al diario vivir, no se hubiera revelado como el más benéfico para la humanidad en general y en particular para nuestros hermanos más pobres: “las multitudes hambrientas.” La teosofía enseña el espíritu de “no separatividad”, el aspecto fatuo e ilusorio de los credos y los dogmas humanos, por lo tanto, instila *el amor universal y la caridad hacia la humanidad entera sin distinción de raza, color, casta o credo*”. Entonces, ¿no es quizá la más adecuada para aliviar los sufrimientos humanos? Ningún verdadero teósofo negaría la admisión en un hospital o en alguna asociación caritativa a nadie bajo el pretexto de que *no* es un teósofo, como lo haría un católico romano con un protestante y viceversa. Ningún teósofo fiel a las reglas originales malograría poner en práctica la parábola del “Buen Samaritano” o suministrar ayuda sólo para atraer el incauto, esperando que se enajene de su dios y de los dioses de sus antepasados. Nadie calumniaría a su hermano, nadie dejaría a una persona necesitada sin auxilio, nadie ofrecería bellas palabras en lugar de amor práctico y caridad.

No es culpa de la teosofía ni de las enseñanzas de Cristo si la mayoría de los miembros de la Sociedad Teosófica, que a menudo cambia sus ideas filosóficas y religiosas al entrar en nuestro grupo, aún ha permanecido prácticamente inalterado con respecto a los días en que profesaba un cristianismo superficial. Nuestras leyes y reglas son las mismas que nos dieron al principio, son los miembros generales de la Sociedad quienes han permitido que se tornaran virtualmente en *obsoletas*. Muy a menudo, aquellos pocos, siempre dispuestos a sacrificar su tiempo y labor en beneficio de los pobres y que realizan una buena obra donde puedan, sin que se les reconozca y agradezca, se encuentran en una condición muy desamparada para poder realizar sus grandes esquemas caritativos en una forma objetiva práctica, no obstante toda su voluntad de hacerlo.

Recientemente, uno de los cirujanos londinenses más eminentes dijo, a una de las editoras: “La falta que discierno en la Sociedad Teosófica es que no encuentro a nadie, entre sus miembros, que lleve realmente a cabo la vida de Cristo.” Esta parecía una acusación muy seria, considerando que procedía de un hombre quien no sólo está a la vanguardia de su profesión; sino que sus pacientes y la sociedad lo respetan por su gentil naturaleza y es notorio por haber efectuado muchas obras buenas. La única respuesta posible fue que la vida crística es, innegablemente, el ideal de cada ser digno, de alguna manera, del calificativo de Teósofo y si nadie la pone en práctica es porque no hay ser suficientemente fuerte por convertirla en realidad. Algunos días después, una artista encomiada sometió la misma queja de forma más gráfica.

“Vosotros los Teósofos, no hacéis suficiente bien para mí”, dijo concisamente. Aún en este caso, ella tenía el derecho de hablar, pues lleva a cabo dos vidas: una de mariposa social y la otra una seria existencia que no suscita mucho bullicio; sin embargo, está embebida de propósito. Aquellos que consideran la vida como una gran vocación, véase a los dos críticos del movimiento Teosófico que acabamos de mencionar, tienen derecho a exigir de éste más que simples palabras. Ellos mismos se esfuerzan, silenciosamente, en llevar un “vida crística” y no pueden comprender a un grupo de personas que se reúne en el conato hacia esta vida, sin lograr resultados prácticos aparentes. Otro crítico de la misma índole quien tiene el mejor derecho posible para censurar, siendo un eminente filántropo práctico y caritativo hasta el meollo, ha dicho que todas las charlas y la literatura de los teósofos parecen resolverse en un simple lujo intelectual e improductivo de algún bien directo para el mundo.

Existe un punto de divergencia muy serio entre los teósofos y los filántropos prácticos religiosos o laicos. Ahora bien, (con el término teósofos no indicamos a los miembros de la Sociedad homóloga; sino a la gente que acude realmente a ésta como un método para aprender más acerca de la verdadera religión-sabiduría, la cual existe como un hecho eterno y vital tras de todos estos esfuerzos.) Por lo tanto, la respuesta que ninguno de ellos es suficientemente fuerte para llevar una “vida crística” es simplemente una verdad parcial. Sucintamente hablando, podemos decir que: el filántropo religioso mantiene una posición individual que no puede, mínimamente, interesar o afectar al teósofo; ya que no hace el bien por el bien mismo; sino como vehículo hacia su propia salvación. Este es el resultado del aspecto egoísta y personal de la naturaleza humana que ha tan matizado e influenciado a una gran religión, cuyos feligreses son casi comparables a los idólatras que piden a su deidad de arcilla ayuda en el negocio y en la solvencia de las deudas. El filántropo religioso que espera ganarse la salvación haciendo buenas obras, ha simplemente intercambiado, usando un antiguo chiste, sin embargo siempre válido, el mundo con el otro mundo.

El filántropo laico es, esencialmente, un socialista y nada más, espera hacer a los seres humanos felices y buenos, mejorando su posición física. Ningún estudiante serio de la naturaleza humana puede creer en esta teoría, ni por un instante. Sin reparo, es seguramente muy amena; ya que al aceptarla se nos presenta un trabajo inmediato y evidente que emprender. “Los pobres están siempre contigo.” La causa que produjo la naturaleza humana misma produjo, simultáneamente, la pobreza, la miseria, el dolor, la degradación, la riqueza, la comodidad, la felicidad y la gloria. Los filántropos vitalicios quienes empezaron su trabajo con una convicción alegremente juvenil, según la cual es posible “hacer el bien” y jamás amortiguaron su hábito de caridad, confesaron a la escritora que, en realidad, la miseria no puede aliviarse. Es un elemento vital en la naturaleza humana y es tan necesario para algunas vidas como el placer lo es para otras.

Es extraño observar cómo, después de una experiencia amplia y amarga, eventualmente, los filántropos prácticos llegan a la conclusión que para el ocultista es, desde el principio, una hipótesis según la cual: la miseria no sólo es soportable; sino que amena para los muchos que la sobrellevan. Hace algunos días una noble dama, la cual ha entregado su vida a fin de rescatar a las chicas más desheredadas de las clases ínfimas, cuya inclinación hacia el vicio dependía, aparentemente, de la pobreza, dijo que, en muchos casos, no es posible elevarlas a ninguna condición aparentemente más feliz. Esta señora, (pudiendo hablar con conocimiento de causa; ya que literalmente pasó su vida entre ellas, estudiándolas con esmero), afirmó categóricamente que ésto no se debe a un particular amor por el vicio; sino al amor por aquel estado que los acaudalados llaman miseria. Prefieren la vida salvaje sin atuendo, zapatos, comida y a la intemperie, más que cualquier comodidad que se les pueda proporcionar. Con el término comodidad no implicamos el correccional ni el reformatorio; sino las amenidades de una casa tranquila. Además, podemos enumerar casos efectivos para demostrar que ésta es la situación, no sólo entre la progenie de los

desheredados, que se podría suponer que sean salvajes congénitos; sino también entre los niños de personas cultivadas, agradables y cristianas.

Nuestras metrópolis ocultan, en sus barrios bajos, una constelación de seres cuyas historias resultarían ser un enigma inexplicable, una imagen moral netamente desconcertante si se pudiesen recopilar en términos claros, haciéndolas intelegibles. Sin embargo, sólo aquellos que entregan su vida al trabajo entre los desheredados, conocen estas historias, las cuales se convierten, para ellos, en una interrogante triste y terrible cuya solución no se columbra y por lo tanto es mejor no discutir al respecto. Aquellos que ignoran completamente la ciencia de la vida, se ven obligados a soslayar tales dificultades, de otra manera caerían aplastados por pensar en ellas. Un alma generosa, la cual no ha alcanzado la gran idea de la evolución ni ha discernido el mirífico misterio del desarrollo humano, difícilmente encarará la llamada cuestión social, el gran abismo de la miseria, la apatía mortal de los poderosos y acaudalados.

El teósofo se sitúa en una posición diferente de la que ocupan algunas de estas personas, porque ha oído hablar del amplio objetivo de la vida que todos los místicos y los escritores ocultistas consideran, además, ha sido avvicinado al gran misterio. En realidad, a pesar de que muchos se hayan afiliado a la Sociedad Teosófica como Miembros, a nadie se le puede llamar Teósofo hasta que empiece a saborear consciente y personalmente, este mismo misterio, que es, en efecto, una ley inexorable mediante la cual el ser humano se eleva, paulatinamente, del estado bestial a la gloria de un Dios. La celeridad con que ésto se efectúa varía con cada alma viviente y los miserables, quienes acarician el instructor primitivo: la *miseria*, eligen encaminarse, lentamente, a lo largo de un círculo vicioso que puede proporcionarles un sinnúmero de vidas de sensación física, ya sea placenteras o dolorosas, muy amadas, por tangibles, para los sentidos más elementales. El teósofo deseoso de entrar en el ocultismo, por virtud de tal inquietud toma, en sus manos, algunos de los privilegios de la Naturaleza y pronto descubre que las experiencias se deslizan con doble rapidez. Entonces, su tarea consiste en reconocer que se encuentra bajo una ley de desarrollo nueva (para él) y más célere en aprehender las lecciones que se le imparte.

Sin embargo, al reconocer ésto, hace otro descubrimiento. Se percata de que se necesita un ser muy sabio para la realización de las buenas obras sin el riesgo de efectuar un daño incalculable. Un adepto altamente desarrollado en lo que concierne a la vida, puede discernir la situación y, valiéndose de sus grandes poderes intuitivos, es capaz de saber a quien aliviar del dolor y a quien dejar en la miseria, la cual es su mejor instructor. Los mismos pobres y desheredados dirán, a cualquier ser que se haya ganado su confianza, cuáles errores desastrosos cometen los individuos procedentes de distintos estratos sociales, los cuales se esfuerzan en prodigar auxilio. A veces, si el dolor y la desesperación oprimen a un ser, la cortesía y un trato respetuoso pueden hacer aflorar sus peores tendencias, aunque haya conducido una vida suficientemente respetable. Que el Maestro de Misericordia nos perdone por proferir estas palabras acerca de cualquier criatura humana, pues todas son partes de nosotros según la ley de la hermandad humana, la cual es indeleble aun cuando no queramos reconocerla. Sin embargo, estas palabras son verdaderas. Nadie de nosotros conoce la oscuridad que acecha en las reconditeces de nuestra naturaleza hasta que alguna experiencia extraña y no familiar, despierte todo el ser a la acción. Lo mismo acontece con las otras personas que parecen ser más miserables que nosotros.

El teósofo, tan pronto como empieza a entender cuán amigo e instructor el dolor puede ser, se queda atónito frente al problema misterioso de la vida humana y aunque añore hacer buenas obras, siente un recelo equivalente por actuar de manera errónea hasta que haya alcanzado un poder y un conocimiento más amplios. El ignorante, dedicándose a la realización de buenas acciones, puede causar daños vitales, como se ven obligados a reconocer todos aquellos que no están obnubilados por el amor hacia la benevolencia. En este sentido, contestar que la carencia de una vida crística entre los teósofos, probablemente depende del hecho de que no existe nadie suficientemente fuerte para llevarla a cabo, está perfectamente correcta y abarca la cuestión en su integridad. Pues, lo que carece no es el espíritu de autosacrificio, de devoción o el deseo de ayudar; sino que la fuerza de adquirir el conocimiento, el poder y la intuición, de manera que las hazañas emprendidas sean verdaderamente dignas de un espíritu "Búddhico-Crístico." Esta es la razón por la cual los teósofos no pueden pretender ser un grupo de filántropos aunque secretamente incursionen en el sendero de las buenas obras. Ellos profesan ser, simplemente, un conjunto de aprendices comprometidos a la ayuda recíproca y ajena, en la medida de sus posibilidades, a una mejor comprensión del misterio de la vida y a un mejor conocimiento de la paz que se encuentra más allá.

Sin embargo, como es una ley inexorable que se debe labrar el terreno si queremos recoger la cosecha, así los teósofos se ven constreñidos a trabajar en el mundo incesantemente y, a menudo, al hacer ésto, cometen muchos errores serios como acontece con todos los trabajadores que no son Redentores encarnados. Posiblemente, sus esfuerzos no se califiquen como buenas obras y a ellos se les tache como una escuela de vacuos oradores; sin embargo, son el resultado y el fruto de este particular momento en el cual la gente acoge con interés las ideas que sustentan. Por lo tanto, su obra es buena como lo es el loto cuando se abre durante el sol del mediodía.

Nadie sabe mejor que ellos, de manera más cabal y terminante, que las buenas obras son necesarias, sin embargo, éstas no pueden realizarse correctamente sin el conocimiento. Los grandes adeptos de la vida pueden proporcionar una profusión de esquemas para la Hermandad Universal y la redención humana, sin embargo, continuarán siendo simples expresiones literales mientras los individuos permanezcan ignorantes e incapaces de comprender el gran significado de sus maestros. A los teósofos diremos: actualicemos las reglas que se han impartido a nuestra sociedad antes de pedir esquemas o leyes ulteriores. Al público en general y a nuestros críticos, diremos: tratad de entender el valor de las buenas obras antes de exigir las de otros o antes de que vosotros os dediquéis a éstas, imprudentemente. Sin embargo, es un hecho absoluto que, sin buenas obras, el espíritu de hermandad perecería en el mundo y ésto jamás deberá acontecer. Así, es sumamente necesario la doble actividad de aprender y actuar, debemos hacer el bien y debemos hacerlo *correctamente*, con conocimiento.

Se sabe muy bien que la primera regla de la Sociedad Teosófica consiste en realizar el objetivo de formar el núcleo de hermandad universal. Aquellos que la elaboraron dilucidaron su aplicación práctica en la manera siguiente:

Aquel que no practica el altruismo; aquel que no está dispuesto a compartir su último bocado con uno más débil o pobre que él; aquel que descuida ayudar a su hermano o hermana de cualquier raza, nación o credo, cada vez y en cada lugar en el cual discierne el dolor y hace oído sordo a los gritos de la miseria humana; aquel que oye a un inocente ser objeto de vilipendio, ya sea un hermano teósofo o no y no lo defiende como se defendería a sí mismo, no es un teósofo.